MIGUEL BENLLOCH

De niño oí una vez que todas las voces pronunciadas a través de los tiempos estaban suspendidas en el espacio y que en un otro tiempo, quizás, pudieran oírse. El espacio sería el vacío de una Babel confusa donde el dorado resplandor de las estrellas estaría rodeado por el rumor de las voces. Mi relación con Byars estuvo acompañada de un silencio lleno de gestos y algunas palabras que siempre me produjeron cercanía.



~

ACAECIÓ EN GRANADA

MIGUEL BENLLOCH

~

ACAECIÓ EN GRANADA

Este libro se publica con motivo de la exposición
Miguel Benlloch. Cuerpo conjugado,
presentada en el Crucero del Hospital Real de Granada
del 31 de enero al 17 de abril de 2020

El pasado 16 de diciembre de 2019 se aprobó en sesión de Consejo de Gobierno el II Plan de Igualdad de la Universidad de Granada. Este Plan avanza con los objetivos propuestos por su antecesor (2011) incorporando dos ejes innovadores en las estrategias que las universidades españolas se han propuesto hasta la fecha en su apuesta por alcanzar una cultura de la igualdad y el respeto a la diversidad en los entornos universitarios y en su extensión a la sociedad en general. Se trata del eje LGTBI y el eje Nuevas Masculinidades e Igualdad.

La aprobación de este documento nos dota de un marco legal y una herramienta útil para emprender acciones de investigación, reflexión, divulgación y concienciación sobre diversidad sexual, corporal y de género dentro de la Universidad de Granada que, además de visibilizar la realidad social de las personas LGTBI y generar conocimiento en este campo, luchen contra comportamientos discriminatorios y homo/lesbo/bi/trans/interfóbicos.

Se han cumplido recientemente cuarenta años de aquel ciclo titulado «La homosexualidad en el cine»[1] (octubre-diciembre de 1979) programado por el Cine Club Universitario que dirigía entonces José Luis Lozano Trujillo. Esta actividad, organizada desde el Secretariado de Extensión Cultural, intentaba –según su programa– generar un necesario foro público sobre la diversidad de aspectos que atravesaban la homosexualidad en un momento en el que tratar este asunto aún encontraba fuertes resistencias tanto en la propia Universidad como en la ciudad. La programación de aquel ciclo concluyó con la destitución de Lozano, la dimisión «voluntaria» de Nicolás Marín, director del Secretariado de Extensión Universitaria, y el cierre durante más de un año del Cine Club[2].

Este episodio da cuenta por una parte de la valentía de gestores como el fallecido José Luis Lozano[3], que desarrolló programas culturales que respondían a las emergencias políticas y sociales de su tiempo y, por otra parte, de lo mucho que ha avanzado la Universidad de Granada en estas cuatro décadas hasta aprobar un plan de igualdad tan ambicioso desde el que poder trabajar por el respeto y el apoyo a la diversidad.

~

1 Puede consultarse el programa completo del ciclo en el Archivo Universitario: https://bit.ly/2Ss8pPI

2 Un análisis del caso puede consultarse en: Fernando Martín e Inmaculada Sánchez (2013). «La invisibilidad manifiesta: la homosexualidad en el cine y el cierre del cineclub universitario de Granada durante la transición política». En: *Razón y Palabra*. Número 85. Diciembre 2013 - marzo 2014. Issn: 1605-4806. pp. 61-82. Disponible online en: https://bit.ly/2EZvWPX

3 Nacido en Granada, José Luis Lozano Trujillo (1960-2015) fue director, productor y guionista de cine, clips musicales y anuncios televisivos. Entre otros proyectos audiovisuales sería el responsable de dos obras seminales del videoclip en España como *Embrujada* (1983) de Tino Casal y *Lobo hombre en París* (1984) de La Unión.

Desde el Vicerrectorado de Extensión Universitaria y Patrimonio y La Madraza, Centro de Cultura Contemporánea felicitamos el trabajo liderado por el Vicerrectorado de Igualdad, Inclusión y Sostenibilidad, y de su Unidad de Igualdad para la redacción de este Plan, y nos alegramos de poder contribuir a sus objetivos con la presentación de la exposición *Miguel Benlloch. Cuerpo conjugado* en el Crucero Bajo del Hospital Real. El proyecto expositivo, y el conjunto de actividades vinculadas a él, se orienta en la dirección estratégica del Plan de Igualdad por generar espacios de visibilización y reflexión sobre experiencias donde se deconstruyen los discursos binarios y las fórmulas normativas respecto al género, proponiendo otras políticas de carácter transidentitarias y *queer*.

Miguel Benlloch intensificó su trayectoria activista en las aulas del Hospital Real de Granada, donde cursaba estudios de Geografía e Historia. En esta universidad de los años setenta empezaría a conjugar su militancia política y su espíritu poético con una gran diversidad de agentes y colectivos que le llevaron a implicarse en organizaciones, espacios y escenas como el Movimiento Comunista (MC), el Frente de Liberación Homosexual de Andalucía (FLHA), las actividades de La Tertulia, los movimientos anti-OTAN, el Cutre Chou de la caseta «El Meneillo» o la Sala Planta Baja, que fundó junto a Juan Antonio Peinado y Marino Martín. Tras su paso por la Diputación de Granada, donde ejerció de técnico en la recién creada Área de Cultura, pone en marcha en Granada BNV Producciones, acompañado por Nacho Sánchez y Joaquín Vázquez. Desde la máquina cultural que es BNV, que se trasladó a Sevilla, contribuye a impulsar y producir importantes proyectos culturales como *Plus Ultra* –comisariado por Mar Villaespesa en el marco de la Expo´92– donde Miguel conoce a James Lee Byars al encargarse de la gestión de su intervención (*La esfera dorada*) para el Palacio de los Córdova de Granada. Este encuentro marcó un hito en la trayectoria artística de Miguel Benlloch.

Desde 2001 y hasta 2014, BNV Producciones (Joaquín Vázquez, Alicia Pinteño y Miguel Benlloch) sería responsable de la organización, coordinación y gestión de la plataforma académica UNIA arteypensamiento, que llegaría a ser un espacio de referencia para pensar la relación del arte y la cultura con otros marcos de reflexión y producción contemporánea. Desde ahí Miguel contribuyó a introducir en el contexto español los debates postidentitarios y a facilitar la articulación de ideas y prácticas que desbordaban la teoría feminista y las políticas de representación del género.

El libro que tienen en sus manos quiere volver a poner en circulación, tras una primera edición agotada (Ciengramos, 2013), una serie de textos que son fundamentales para entender el pensamiento, la actividad militan-

te y la obra artística de Miguel Benlloch. Son textos que fueron escritos por Miguel para ser declamados en sus acciones, muchas de ellas recogidas en <archivomiguelbenlloch.net>. Con motivo de la presentación adaptada y ampliada de la exposición en el Hospital Real de la Universidad de Granada hemos considerado pertinente reeditar este *Acaeció en Granada* con algunas diferencias en su índice sobre la primera edición.

Quisiéramos darle las gracias a todas aquellas personas y colectivos que han hecho posible la exposición *Miguel Benlloch. Cuerpo conjugado* y este libro. Especialmente al Archivo Miguel Benlloch, a la familia Benlloch Marín, y a sus comisarios, Joaquín Vázquez y Mar Villaespesa. A Isaías Griñolo, Charo Romero e Inmaculada Salinas, por su ayuda técnica. Al Instituto de la Cultura y las Artes de Sevilla y al Ayuntamiento de Madrid por su desinteresada y amable disposición para poder presentar en Granada esta exposición, con la que Miguel vuelve a su universidad tras mostrarse en la Sala Atín Aya (Sevilla, 16.02-08.04.2018) y en CentroCentro (Madrid, 14.06-6.10.2019). A los prestadores de obras y materiales les debemos un especial agradecimiento y reconocimiento por el cuidado en la preservación de unos fondos tan necesarios no solo para presentar la figura de Miguel Benlloch sino también para conocer y comprender nuestro pasado reciente, pues la importancia y el interés de este proyecto se halla tanto en la oportunidad de difundir el trabajo de una persona excepcional y fundamental para la cultura y la militancia política granadina y española como en los efectos que la lectura de su trayectoria pudiera tener para comprender el difícil escenario social y político en el que nos encontramos.

Antonio Collados Alcaide
Director de Promoción Cultural y Artes Visuales
Universidad de Granada

ÍNDICE

~

PRESENTACIÓN

~

Con motivo de la exposición *Miguel Benlloch. Cuerpo conjugado*, en el Crucero del Hospital Real de Granada, presentamos una reedición de los textos publicados en *Miguel Benlloch. Acaeció en Granada*[1] y la adenda digital a dicho libro.

Si toda producción estética tiene su origen en la vida grupal, la de Miguel Benlloch es un ejemplo de una creación que ha dependido de una auténtica vida colectiva, de la vitalidad de las personas, los grupos sociopolíticos y artísticos con los que se ha relacionado.

Los textos reunidos en este volumen surgen a partir de encuentros afectivos y políticos (así como los compilados en *Miguel Benlloch. Mirar de frente*, editado con motivo de esta misma exposición en CentroCentro, Madrid, el pasado año). Y fueron concebidos como parte constitutiva de *performances*: «Plúmbea», «El detective», «Era 1987»; como pregones: «Pregón de la Feria de Loja»; o como conferencias y ensayos: «Setecientos ochenta y dos cuarzos», «¡¡Larga vida al CUTRE CHOU!!», «Acaeció en Granada», «Pósito, Posá, Exposición». Todos están entrelazados por un discurso poético, político, posfeminista y trans; y sostenidos -además de por un deslumbrante humor- por la vivencia de lo popular y las teorías afines al paradigma *queer*.

Desde la militancia de Miguel en el Movimiento Comunista, en los Frentes Gay o en los movimientos anti-OTAN, pasando por el trabajo como productor, su práctica estética/política -obras, acciones y escritos- se ha caracterizado por una oposición continua a lo normativo. Según nos dijo: «Hacemos agujeros para producir movimientos en las estructuras del poder. Creamos galerías para interconectar nuestros deseos. Producimos tensión entre la comunidad y la jerarquía. Ser en otros, bajar nuestra voz para que se oigan muchas voces en ese común de la desidentificación».

Por medio, principalmente, de las acciones y de la escritura Miguel Benlloch fue sellando desde muy temprano su compromiso con otros cuerpos disnormativos, tullidos, migrantes, en tránsito, sin renta, no rentables. Cuerpos excluidos que erosionan las construcciones e identidades asentadas sobre

~

1 Ciengramos, TRN-Laboratorio artístico transfronterizo, 2013. Edición agotada. No se incluye en esta segunda edición el texto de presentación a la primera, *Querido Miguel*, de Mar Villaespesa, que puede consultarse en: https://ciengramos.com/miguelbenlloch/

comportamientos duales: masculino-femenino, activo-pasivo, productivo-improductivo, deseo-amor, salud-enfermedad… Cuerpos diversos que le permitieron internarse en procesos de deconstrucción de aquellas identidades que, como escritor, activista, productor, performancero, hombre o gay o trans… le eran asignadas. A partir de esta resistencia siguió avanzando en un proyecto vital y artístico, que fue y es político.

Mar Villaespesa / Joaquín Vázquez

SETECIENTOS OCHENTA Y DOS CUARZOS

~

En febrero de 1993, horas antes de cumplir treinta y nueve años, yendo hacia Bérchules, Juan Carlos me habló de la existencia de una mina de cuarzo en Las Alpujarras. Sentí una enorme curiosidad por conocer el sitio donde estaba y quedamos en ir a verla al día siguiente. El cuarzo es un cristal de carbono de enorme fragilidad y una dureza capaz de rayar el vidrio. Fragilidad y dureza unidas en un prisma lleno de energía.

Cuando llegamos al pueblo nos desaconsejaron subir por el estado en que se encontraba la pista debido a las últimas nevadas, y nos informaron que la mina era una veta de la que algunos del lugar extraían el cuarzo para recoger un poco de dinero. En un bar, al que acostumbro a ir, nos oyeron hablar de los cuarzos y me ofrecieron comprar una bolsa con cristales. Mi intención no era hacer negocio y tuve dudas sobre si debía comprarlos, pero aquellos los compré por cuatro mil pesetas. Era un tesoro sin apenas valor económico, su valor residía en sus formas y en el sentimiento que la naturaleza despertaba en mí por su capacidad para crear algo útil más allá de los atributos estéticos. Esteticismo y economía están demasiado enlazados en los valores culturales y materiales.

Pensé que con ellos podría realizar un mapa del planeta y expresar, a través de las potencialidades del cuarzo, mis deseos de una tierra cargada con una energía renovadora. Deseché la idea. Más tarde pensé dejarlos sobre la mesa que guarda mi selva, pero ella no estaba preparada para recibir algo que fuera objeto de un pequeño comercio y fue creciendo la idea de su distribución.

Ya había regalado algunos, igual que otras veces he hecho con otras piedras que doy a quienes les han gustado al verlas en mi casa, pero en esta ocasión había notado al darlos una sensación más espiritual. Daba algo que tiene unas propiedades físicas, cargándose de otras propiedades y significados cuando lo entregas a otros a quienes quieres señalar como parte de ti. Das algo que tú tienes para que otros tengan la fuerza y vitalidad que los cuarzos poseen, y a la vez estén presentes en ti y tú en ellos. Esa constancia de las propiedades físicas y espirituales transmitiéndose mutuamente significados y creando otros nuevos, fruto de esa relación, me satisfizo.

Distribución, transmisión, devolución, relación, cercanía, eran ideas que surgían de ese acto de entregar una piedra a otra persona y me gustaba usar el cuarzo como un símbolo de mi relación con los otros, mis amigos y conocidos;

gente que en un momento significa para ti y usas el cuarzo como algo que al donar recorre espacios que las palabras tardarían más tiempo en cruzar.

El cuarzo nunca deja de ser querido por quien lo recibe, solo varía la intensidad en la apreciación de sus significados, dependiendo esta intensidad del mayor o menor conocimiento sobre el lenguaje propio que contienen las piedras, extraído del conocimiento físico que se tenga sobre ellas.

Siempre llevo cuarzos en el bolsillo y al entregar alguno elijo el que más me gusta. Me sorprendía el que esa elección se diera en mí independientemente del conocimiento y amor que yo tuviera por la persona a la que se lo entregaba.

Pensé que el arte es algo que se expresa desde la interrelación entre materia y espíritu, conocimiento y realidad. Este diálogo se producía en un espacio no exclusivamente físico, visible a un espectador, sino que el espacio de los cuarzos distribuidos no era aprehensible, nunca estaban quietos en un punto determinado, nunca eran visibles en su totalidad. Los cuarzos se mueven con quienes los tienen o permanecen en los lugares donde fueron dejados. El gesto de la donación transforma la fisicidad del cuarzo en una idea a través de la emoción y el conocimiento. Las ideas nos pueden llevar a lugares donde no hemos estado y proseguir en la búsqueda que transforme la realidad en una dirección más adecuada al reconocimiento de la existencia de otros y de uno mismo, interrelación constatable pero no visible, salvo en experiencias reducidas.

Otros y yo es la nueva unidad a crear en la conciencia de nosotros. No puede subsistir una cultura que no contenga esta unidad sino como cultura depredadora, occidente debe aprender «otrosyyo» si no quiere convertir el devenir en oscuridad definitiva.

El cuarzo es una afirmación más en la búsqueda y el afianzamiento del otros y yo. No es metáfora, es realidad y práctica real no sujeta a las tribulaciones del mercado, desactivándose sus mecanismos de significación si entrara en contacto con él. Su religión no es la del mercado. Sus oficiantes no pueden ser mercaderes.

~

Texto escrito en 1993 como documentación de la acción consistente en una donación que señala el alejamiento de la supeditación del arte al mercado y su valor como conocimiento del mundo.

PLÚMBEA

~

Os voy a contar una historia, una historia ocurrida hace muchos años en la ciudad de la que vengo: Granada. Es una buena historia, la historia buena.

Cuando la famosa monja carmelita granadina en sus visiones veía resplandores y luces en el monte de Valparaíso, frente a la Alhambra de Granada, quizás no llegara a comprender lo que significarían en la vida de la ciudad a finales del siglo XVI.

Tras la conquista por los llamados Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, del reino musulmán nasrí y su capital Granada en 1492, los nuevos dominadores, olvidando los acuerdos de la rendición musulmana, obligaron a la conversión al cristianismo a todos los judíos y musulmanes habitantes de sus reinos, creando un instrumento político-religioso para vigilar, fundamentalmente, las creencias de los conversos: La Inquisición.

Menos de un siglo después, la Granada de finales del XVI había asistido a la derrota de la rebelión morisca de las Alpujarras (1568-1571). La revuelta, encabezada por Aben Humeya, fue el último intento militar para hacer respetar las creencias y costumbres de los musulmanes, tal y como fueron pactadas. Tras el fracaso de la revuelta las condiciones de vida de los conversos se habían hecho aún más opresivas, agrandándose las diferencias entre cristianos nuevos y viejos. Los musulmanes se refugiaban en la *taqiyya*, lo que les permitía, en una situación de riesgo, practicar otra creencia religiosa, manteniendo la islámica en su interior.

El 18 de marzo de 1588, festividad de San Gabriel, el arcángel que se aparece a Mahoma, durante las obras que se llevaban a cabo para construir la catedral de Granada, concretamente mientras se destruye la llamada torre Turpiana, antiguo minarete de la Mezquita Mayor, encuentran en su base una caja de plomo que, a modo de cápsula de tiempo, contiene varias y significativas reliquias: una tablita con la imagen de Nuestra Señora en traje de egipciana; un lienzo con forma triangular que era parte del velo de la Virgen; un hueso pequeño atribuido al protomártir Esteban; unas arenas entre azules y negras; y un pergamino enrollado. El pergamino, escrito en árabe, castellano y latín, sobrecogió a los granadinos.

Junto a una profecía de San Juan Bautista, aportaba noticias concretas de su santo patrón Cecilio, decía que era discípulo del apóstol Santiago y que, en tiem-

pos del emperador Nerón, sufrió martirio; también que era árabe y que su nombre en esa lengua era Aben Alradi.

Al conocer el hallazgo, el arzobispo de Granada, llamado Salvatierra, informa al rey Felipe II y al Papa Sixto V pidiéndole permiso, tal como ordenaba el Concilio de Trento, para asegurarse la certeza de este descubrimiento. Después de ocho siglos de presencia árabe la Iglesia sentía la necesidad de llenar el vacío de historia eclesiástica y los descubrimientos respondían a esa necesidad.

Felipe II, tan amante de reliquias, pide un trozo del llamado velo de la Virgen, colocándolo junto al altar mayor de El Escorial. Por otra parte, el cabildo encarga tres traducciones del pergamino a tres intérpretes del árabe, con la condición de que las hicieran de forma independiente. Entre los traductores granadinos están Alonso del Castillo, un médico cristiano converso, y Miguel de Luna, tambien de origen morisco, ambos traductores del rey.

Mientras se desarrollaban las traducciones muere el arzobispo Salvatierra y en 1590 llega el que iba a ser el gran valedor de los hallazgos: Pedro de Castro, hijo del virrey del Perú.

En Granada estaba muy vigente la división entre cristianos nuevos y viejos, es decir entre moriscos y no moriscos. El pergamino encontrado era de suma importancia para ambos grupos por diferentes motivos. Para los cristianos viejos el que Cecilio, su patrón, hubiera estado en Granada, fuera discípulo de Santiago y sufriera martirio en la ciudad, era vital para sentirse ligados a una historia común con el resto de España y por tanto partícipes de la unidad española. Para los moriscos el origen árabe de Cecilio suponía anular las diferencias entre cristianos nuevos y viejos, pues el elemento árabe había estado siempre presente en la historia de la ciudad.

Esta perfecta conjunción de intereses entre unos y otros no podía responder sino a un plan preconcebido, en el que estaba presente una confabulación de moriscos aterrados ante la determinación de convertir a Granada en una ciudad plenamente cristiana.

Los falsificadores, que debían ser un buen número, se dieron cuenta que apenas había incrédulos, ni entre el pueblo, ni en la autoridad, y que a la cabeza estaba el arzobispo Castro, dispuesto a encarnar con la máxima aureola el papel de sucesor de Cecilio.

Pero este asunto no quedó en las apariciones de la torre Turpiana, que solo fueron un test para un plan más ambicioso. Así, el 21 de febrero de 1595, en el monte de Valparaíso, tal como presagiaba el pergamino aparece una lámina de plomo con un texto, al parecer árabe, que entregado a los traductores Castillo

y Luna no pudieron descifrar, ya que estaba en lengua hispano bética. Una vez traducido por un tercero, la lámina daba noticias de otros discípulos de Cecilio que también sufrieron martirio en Granada. Pocos días después, en las mismas cuevas aparece una serie de libros de plomo acompañados de restos de huesos y cenizas. El arzobispo Castro subió varias veces al Sacromonte a comprobar las apariciones, iniciando las instalaciones de cruces que el pueblo de Granada colocaba en las laderas del monte santo.

Los 22 libros de plomo aparecidos en los meses y años siguientes eran de forma circular. Cada libro contaba con una serie de piezas de plomo que se engarzaban y sus portadas, llamadas sellos de Salomón. Tenían dibujos realizados con diversas interpretaciones de la estrella de David; porque es sabido que la estrella de David era de uso común para las tres religiones monoteistas hasta finales del siglo XIX, cuando fue apropiada por los sionistas. Los libros estaban escritos en árabe, latín y escritura hispano bética. Contenían textos que versan sobre diferentes aspectos del cristianismo, hechos de los apóstoles, historias de los discípulos de Santiago… Su aproximación a la religión musulmana se hacía por medio de atajos, por ejemplo: cuando hablaban de Cristo se referían a él colocando una palabra interpuesta entre Cristo y Dios, como llamarlo espíritu de Dios para evitar la teoría de la Trinidad y fortalecer la idea musulmana del Dios único. En otros casos se trata de favorecer hábitos musulmanes como cuando en el *Libro de la descripción de la misa* se acentúa el carácter de la limpieza del alba del sacerdote, del mantel del altar o de las manos, pues es sabido que uno de los elementos de la cultura árabe era la limpieza y muchos moriscos eran denunciados a la Inquisición por su extrema higiene.

La búsqueda de una armonía imposible en la España de finales del XVI fue, al parecer, el objetivo de las apariciones de los libros. Su encuentro, escalonado en el tiempo, con una serie de interconexiones entre los contenidos de los sucesivos libros, nos hace entender la suprema inteligencia con que fue preparadala la falsificación, que trataba de crear un clima de tolerancia que no conseguiría. La expulsión morisca se llevó a cabo en el segundo decenio del XVI por orden del rey Felipe III.

Los Libros Plúmbeos constituyen el último texto escrito en lengua árabe en la península ibérica, su aparición supone una serie de controversias en el seno de la Iglesia, pues no hay que olvidar que siendo Cecilio, patrón de Granada, discípulo de Santiago, el arzobispo de Santiago ve reforzada la idea de la verdad del enterramiento del apóstol en Galicia. Certeza que en ese momento está cuestionada por importantes personajes eclesiásticos dentro y fuera de España.

El Vaticano, desde su aparición, solicita la presencia de los originales de los libros en Roma, pero no será hasta 1642 cuando lleguen, 44 años después de su descubrimiento.

El papa Inocencio XI condena definitivamente los Libros Plúmbeos en 1682, aunque las reliquias que los acompañaban se tendrán por auténticas.

El certificado de la autenticidad de las reliquias no deja de ser sorprendente; viene a salvar la existencia de la abadía que el arzobispo Pedro de Castro, principal valedor de la certeza de los libros, había construido a partir de 1609 en el Sacromonte.

Desde el año de su llegada a Roma los Libros Plúmbeos han estado ocultos en el Vaticano. Fueron devueltos a Granada en el año 1998, tras un cierto movimiento en la ciudad que los reclamó. Durante más de trescientos años los libros han estado mudos, escondiendo las enseñanzas que tienen agazapadas en su interior y que vuelven a hablar tras su llegada a Torino, donde se muestran sus contenidos por vez primera de una forma crítica, conectados con las preocupaciones y problemas que sigue sufriendo la comunidad árabe en los tiempos presentes, que lejos de disminuir se acrecientan, como vemos en la progresiva expulsión de los palestinos de sus territorios, solo hay que ver la evolución del mapa de Palestina desde 1947.

La diáspora Palestina y el sufrimiento que le es impuesto por las poderosas fuerzas que dominan el mundo con dolor y falsedad constituyen el centro del ojo del tiempo que interconecta el pasado con el presente y aproxima el futuro.

¿Cuáles son los libros que debemos escribir? ¿Las imágenes que debemos proyectar?

Porque una sola verdad genera violencia.

~

PREGÓN DE LA FERIA DE LOJA

~

Creo que ha entrado un fantasma, no sé si ustedes lo han visto, dada la naturaleza de estas criaturas que generalmente viven en palacios; donde estamos es uno de ellos, pero no se preocupen si lo han visto y han podido reconocerlo. Se habrán dado cuenta de que no es el fantasma de Narváez, el fantasmón… perdón, quiero decir el Espadón de Loja. Este otro es de muy distinta naturaleza, como podrán ver, ya que está frente a ustedes y les habla, ha sido invitado, lo que le sorprende y agradece, para pregonar la feria de Loja, la feria de la antigua Medina Lauxa, nombre que tanta suavidad trajo siempre a mis oídos y cuyo conocimiento desde niño atrajo las ensoñaciones sobre sus antiguos moradores, su gloria y sufrimiento de destierro.

Loja, a la que los lojeños y las lojeñas llaman Loa con una a abierta que llena la boca de su solo nombrar, esa Loja de las mil aguas de la que Hans Christian Andersen en su libro *Viaje por España* cuenta:

> Comenzaba a clarear el día cuando llegamos al pueblecito de Loja, pintorescamente situado en lo alto de la roca. Las aguas del río Genil formaban una cascada al precipitarse por la sima denominada los Infiernos de Loja, lo más característico de este pueblo es su caudal de agua fresca, que por doquier brota en abundancia de caños y manantiales. Para nosotros, que durante semanas no habíamos probado más que agua tibia, aquello suponía un verdadero alivio, una bienvenida al paraíso.

Cuando leí este pasaje, como otros que en parecidos términos elogian a Loja y su paisaje, no pude sino acordarme de mi padre, que este año hubiera cumplido cien años desde su nacimiento y 70 desde su llegada a Loja en 1935 para quedarse en ella hasta meses antes de su muerte en 1977.

Mi padre, médico de profesión y vocación, recién terminada la carrera, decidió conocer Andalucía e iba solicitando pueblos para permanecer en cada uno de ellos durante poco tiempo, así fue médico en Fiñana (Almería) y en Villanueva de Algaida (Málaga). En un viaje en tren pasó por Loja, bebió sus aguas en los botijos de los aguadores de la estación y, emocionado por el paisaje contemplado, decidió solicitar ese pueblo para conocerlo mejor. Concedida su solicitud nunca más volvió a solicitar ningún otro.

Mi padre fue un lojeño por elección, cosa que no hemos podido ser otros por haber nacido en ella. Viene también al caso mi padre, en esto de la feria, porque eligió para vivir el número 20 de la calle las Tiendas, antes llamada de Victorino Benlloch, y desde esa casa pegada a la Plaza, donde nací en 1954, mientras mi padre estaba midiendo quintos en este Ayuntamiento, aprendí a ver cómo la gente se buscaba y ganaba la vida, a mezclarme con ella, a conocer cómo en mi pueblo la comunidad gitana era grande e importante y así lo decían hasta las canciones -«Y los gitanos de Loja y Graná, Pepa Bandera de Puerto Real»- o a ser testigo de la llegada de los coches de los primeros turistas que llegaban al pueblo, conducidos por los gritos de «¡Hotel Paloma Colchón Flex!» que daban Paco el Muo y la chiquillería. En esa plaza de altos árboles, escuela de tantas cosas, contemplé, desde mi infancia, la algarabía de las idas y venidas, de la feria de arriba a la feria de abajo, de la del día a la de la noche: los puestos de turrón de Lucena, como el de mi amigo Felipe, pegado a Mi Tienda, al que esperaba todas las ferias, y que ocupaban con sus lonas blancas y maderas toda la bajada desde La Carrera al Puente desafiando a veces las tormentas de agosto y su riás calle abajo desde los Pinos, donde estaba la Piedra Lisa, columpio natural de nuestra infancia; los puestos de juguetes para embobar a niños con las cosas de ese material nuevo llamado plástico; los bartolicos y las volaeras, el cañadú y los chumbos del puesto de Characha; el bullicio de los bares, ninguno como el de Anastasio, mi segunda casa con sus maquinillas de café; el rebosar de gente, que venía de los anejos a la feria, en las fondas de Pericote, la fondilla…; el lleno de bestias, feriantes y campesinos en la posá de Miguel y Dolores; el caldo gallina con sus migas de hielo repartiendo la escasa suerte de un vaso lleno de agua dulce y colorailla; los romances orales, -«Vengan a escuchar señores esta historia singular»- que narraban los últimos crímenes en papelitos de colores que después vendían; el organillo con el pedior de la mano torcida; el camión de la venta ambulante con el vendedor desgañitado, micrófono al cuello, ofreciendo lotes de mantas bajo un sol de justicia; las rifas realizadas con ratas indias que daban la suerte según el número por donde huyeran los animales; el puesto de postulantes de las señoras piadosas para recoger fondos para la Virgen de la Caridad, ¡pues no pedía yo ná!; los afilaores como mi amigo Trapichea que tocaba en la banda; el puesto de Antonio el de los melones allí pegaico a mi casa; la tómbola El cubo en la Plaza Arriba, con el cajón sorpresa que una vez me tocó; los fogones para los tejeringos ardiendo de noche en los puestos de Leonor y Carmen, el de Dolores o el de Juan, junto al Platanar, con su cuartito repleto de gente dándole

a aquellas espirales perfectas con los cafés llevados desde el bar del Boni y las conversaciones en las tiendas con los oídos pegaos -«qué niño más exento»-; los puestos de bisutería y baratijas llenos de anillos, aretes, collares, filigranas varias bien dispuestas en aquella multitud de pequeñas vitrinas pintadas de rojo, con los bastones de colores para los niños, las pelotas rellenas con globos y las gafas de pasta y cristales de una especie de plexiglás que se bollaba enseguida. La Plaza, repleta de voces con más gambas que nunca y los jureles… -«¡los boqueroneee niña!»-. Y la pescá pa la sopa y los tomates pa la porra.

Todo para mis ojos, excitación de feria y calor de agosto, los amigos de la plaza, Aniceto y Anastasio, Antonio de la Posá, Paco el de la Canuta, Miguel el del Boni, Antonio Olid, Antonio Carlos, Antonio Palacios, Miguelín Podadera enreando desde los días previos para bajar al Puente o subir a la Victoria. -«Ha venío ya El puche puche, Las olas… ¡Niño no vayas a meter el pie en la raja por pillar un cubo!»- Y las caenicas disparando chaveas; tiovivos sin motor que los niños movían por cuatro gordas y paseos gratis; las barcas, donde algunos prometían que ese año iban a dar la vuelta completa en desafío a la gravedad; expediciones furtivas al paseo para ver cómo montaban el circo:

-«¡Este año trae leones!»
-«¡Que va! Lo ponen en el cartel, pero después no hay»
-«¡Que sí, que sí! Que los vi en la jaula y a un burro viejo que se lo van a echar, y hay dos elefantes, un mogollón de monos y un sinfín de perros amaestraos»
-«Este año vengo»

Y junto al circo ya empezaba la Manolita Chen a montar el Teatro Chino y los comentarios iban sobre las piernas, lo frescas que eran, los chistes pícaros de los cómicos y… lo bien que se lo pasaban… viéndolo… yo sabía que no era para mí, no me dejaban, pero era tanto lo que decían sobre el Chino que parecía que estabas dentro. Bueno, un año me dejaron ir a una función del Chino para niños, medias color carne a tropel, sin carne pero con todas las lentejuelas. Algo me llegó…

Mi casa y su entorno en sí era un mundo donde vi desde niño, sin apenas moverme, la complejidad de la vida, sus alegrías y tristezas. En el bajo, la ferretería La llave de Paco Marín con su letrero todavía hoy pintado al estilo constructivista años 30; en el primero, la clínica de mi padre repleta de aparatos para curarlo todo; en el segundo, nuestra casa y la casa de Fina y Pancorbo,

que arreglaba todos los artilugios eléctricos que se le ponían por delante, con la peluquería; y la azotea, ese espacio multiusos donde las horas pasaban entre juegos, al lado de la buhardilla donde vivían Cruz y Luis con las tres niñas y todas la macetas y los canarios.

La ferretería, con los cubos de zinc en la puerta, era fundamentalmente un mundo de hombres, donde me pasaba horas jugando a vender detrás del mostrador y por donde pasaban un sin fin de personajes para surtirse de las mil y una cosa que una ferretería puede tener; mientras compraban iban y venían observaciones sobre los avatares de la vida y las cosas que pasaban en el pueblo.

La sala de espera de la clínica era una gran tertulia del dolor y de los fatalismos de la vida, yo, que dormía en una habitación tras ella, me levantaba por las mañanas oyendo a los enfermos y sus familiares hablar de sus males. Mientras tanto, arriba, en la peluquería, donde jugaba con Cristina, en ese espacio mágico lleno de máquinas y espejos gigantes donde las mujeres iban a arreglarse, oía los chismes, chistes y un sinfín de conversaciones.

Allí estaba casi todo y también el dinero para poder ir a la feria. Todos los días el ritual de pedir, esperando que mi padre estuviera de buen humor para que fuera rumboso y no hubiera que ronronear demasiado, pero mi padre dentro de la consulta estaba ajeno a mi espera y no podía entrar a pedirle hasta que el enfermo saliera. Él no era de ferias, pero su hijo sí y allí aguantaba la media hora o tres cuartos, y cuando por fin entraba siempre me hacía el mismo comentario -«otra vez a la feria-». Y tras un juego de resistencia al monedero, lo abría y me daba, primero un poco, luego algo más, nunca bastante, y me iba corriendo escalera abajo repartiendo mentalmente el gasto y esperando que mis amigos Antonio, Joaquín, Miguel, Agustín, los Godoy, Manolo Cobos, Miguelón, Santi, Juan Carlos… llevaran algo más o que me encontrara a Adolfo Tirado de la calle el Pilar, el hombre más espléndido del mundo, o a mi padrino Manuel Cerdá, el fotógrafo, que siempre me daban, y así procurar una mañana donde no dejáramos columpio tranquilo.

La feria del Puente por las mañanas era lo mejor, el sol ardiendo y la feria llena, algunos caballos, vino de Montilla, pocos trajes de gitana y el remolino continuo de niños alrededor de los columpios, muchos mirando e imaginándose su próxima subida, repasando los cuartos para ver si llegaba a otro paseito -«pa Las olas tenemos…»- y nos tirábamos de cabeza al cubo esperando que la sirena iniciara el viaje circular, aquellas tablas ondulantes que se abrían y cerraban y donde siempre se estaba a punto de tener un accidente a la entra-

da o a la salida, por lo menos no faltaban las interpretaciones sobre el último que metió la pata y se fue a hacer puñetas. ¡Niños pal látigo! y allí íbamos a aquella máquina de aceleración a ver si perdíamos los higadillos de una curva a otra con el ¡zasss! ¡zasss! ¡zasss! Veinte ¡zasss! y a la calle disparados.

De vez en cuando nos dábamos una vuelta para no gastárnoslo to de golpe y nos íbamos a la vera del río a ver el ganado y los trapicheos que suponían la venta de algunos de aquellos animales entre cantidades de polvo y olor a boñiga; allí íbamos la pandilla a olismear, incluso las niñas, Conchi, Lina, Marina, María José, Mari Ara, Ana María… y alguna más que llegaba de fuera para la feria; recuerdo sobre todo muchos mulos y bestias desnudos de arreos con la soga al cuello esperando al comprador que adquiriera el material después de levantarle patas, acariciarle el cuello, cabrearlo un poco para ver el carácter del animal y mostrar aquellos desmesurados dientes que probaban su estado de salud y disposición al trabajo. Y en todo aquel lío, y todo junto, un mogollón de gitanos al sol, muchos de ellos forasteros, agentes comerciales con sus familias enteras acampadas allí bajo lonas extendidas, abiertas a la contemplación, con jergones de paja para sus sueños y paja para los animales, y algún pequeño fuego para sus guisos. El regateo se juntaba con las excelentes cualidades de los mulos y mulas en un vocabulario rico en expresiones desmesuradas y frases echas para vender de gitanos a payos generalmente.

Miguel Lafuente Alcántara, un archidonés que vivió en la primera mitad del siglo XIX y que se ocupó en escribir entre otros libros la primera guía de viajes de Granada, tuvo a bien escribir un extenso artículo describiendo la feria de Loja. José Luis Ortiz Nuevo, el maestro, otro archidonés, lo redescubrió recientemente mientras realizaba sus importantes investigaciones sobre la relación del flamenco y la música cubana en la hemeroteca de la capital de Cuba. Publicado en tres entregas en el *Diario de Avisos* de La Habana, en sus ediciones de 6, 7 y 8 de diciembre de 1844. Grabándolos de viva voz, nos regaló la grabación a Joaquín Vázquez y a mí, y aparecen de nuevo publicados, con la letra menuilla y chica, 161 años después en *El Corto de Loja*.

Entre otras cosas cuenta:

> Para esta celebridad se han elegido generalmente los días de un santo notable que se procura sea el patrón del pueblo, y esto hace que el cumplimiento de los deberes religiosos en las personas que conservan puros los sentimientos de piedad, la inclinación a la holganza en otras y el deseo de bullicio y concurrencia que para muchos es sinónimo de diversión, suspenda todos los quehaceres para asistir a la feria y ocuparse únicamente de ella. Como acontecimiento tan

fausto se verifica una vez al año y en día fijo hay tiempo de formar cálculos anticipados que se procuran realizar entonces. El día designado para la feria reúnanse en el pueblo, en un centro de atracción, labradores y pelantrines, cosecheros y ganaderos, abastecedores y marchantes de todas las comarcas inmediatas. También acude muchedumbre de mercaderes ambulantes, cuyos fondos, están reducidos a una variada colección de menudencias que caben muy holgadamente en una cesta o arquilla. Éstas se instalan en algún sitio público y concurrido, pregonan con voces desentonadas sus mercancías, improvisan en el paraje señalado por el Ayuntamiento una tienda o casilla fortalecida con tablas, que revisten de lienzos y sobre éstos despliegan sus manufacturas con aparato y ostentación...

Pero la parte integrante, esencial, animadora de la feria, es una colección de todos esos majos y matones portadores de catalinetas y ruedas de fortuna, tahúres, chalanes, gitanos, vagos, truhanes, caballeros de industria, que por gracia de Dios viven y medran en nuestro país y son el sumidero inagotable de calabozos y presidios. Éstos descargan periódicamente sobre el pueblo de la feria a manera de nube de langosta. Como en la feria circula plata que a despecho de moralistas estoicos y filósofos rancios es codiciada universalmente, toda esta gente acude con la misma golosina que el enjambre de moscas al panal de miel. Las ferias son su elemento: allí pueden ejercitar la diversidad de sus ingenios y artificios: son su vendimia, su cosecha de agosto. Estos concurrentes son los que pueblan los garitos y tabernas: los que estafan a los incautos campesinos: los que ofreciendo un duro por un ochavo en juegos de azar manejan a su arbitrio a la diosa inconstante, los que recogen el aguinaldo de viejas y muchachos enseñando por el lente de una catalineta las escenas del diluvio universal y resurrección de la carne, las proezas del encantador Merlín, y los ejércitos de Carlomagno conquistando las californias. Son, en fin, los que dan gustoso entretenimiento a corchetes y alguaciles, que se desviven por aprisionar a gente de tal ralea, contra la cual tienen contraída enemistad y antipatía tan vehemente, como el gavilán hacia las aves de menos pujanza y valentía. También concurren personas a quienes agrada trocar, durante algunos días, el aristocrático frac por la chaqueta andaluza, el sombrero de copa por el de ala, el corbatín por el pañuelo de sortija y el bastón de sociedad por la vara de feria. Con esta transformación les es grato mezclarse entre la muchedumbre, y observar de cerca las costumbres del pueblo, que mal podrá conocer quien viva siempre en el torbellino de las grandes poblaciones y el seno de sus placeres.

Tras describir Miguel Lafuente el ambiente de una feria en un pueblo andaluz se entretiene en describir la feria de Loja en la que sonarían los ya casi desaparecidos fandangos, tocados con laúd, bandurria, guitarra y pandereta,

con letras como las que guarda o escribe Francisco Serrano, el panadero de la calle el Puerto:

Los fandanguillos de Loja,
dicen que son los mejores,
donde quiera que se canten,
roban tos los corazones.

O esta otra que muestra un humor grueso como material de cante:

Cuando me parió mi madre,
Me parió en el gallinero,
Cuando llegó la partera
Ya tenía yo dos huevos.

Fandangos cantados en las ferias, ventas y cortijos con la música que han oído cuando entró el fantasma: yo mismo. Músicas guardadas con el cariño de gentes como Enrique Sanjuán, el Flauta, historia viva de la banda local que yo conocí desde los tiempos cuando era director Don Eduardo, el director, y cuya fundación data de 1863.

La feria fundamentalmente era la celebración de un gran mercado al final de las cosechas del verano, donde en general todo el mundo dispondría de alguna cantidad de dinero extra tras recibir los pagos por los trabajos realizados. Para unos lo extra consistiría en tener algo, en medio de la nada de todo el año, y para otros ver sus arcas reforzadas y poder entremezclarse en días de superasueto con la gente de abajo en una dejación de identidades que es la auténtica liberación de la fiesta. Pero no los entretengo más con reflexiones de medio pelo que nos distraigan de lo que él contaba en aquel año de 1844, cuando todavía faltaban cuatro años para que se creara la Feria de Sevilla. Hoy en día modelo recopiado y «globaliferiador» que enturbia y desnaturaliza las particularidades de cada una de las otras ferias llevándolas a empobrecerse. No por culpa, claro, de los sevillanos, ni de su feria, sino por la nefasta tendencia a que todo se parezca a lo reconocido como todo y con ello desaparezca la creatividad propia… y nos obligue a ser ecológicos y protectores de las contaminaciones ajenas. No para que todo quede fijo y sin cambios, sino para motivar nuestra propia construcción de identidad colectiva en tiempos en que lo ritual va desapareciendo conforme se apodera de las relaciones humanas esa noción neoliberal que conlleva la apología de un ser humano individua-

lizado y competitivo, deshumanizado, convertido en recurso económico con existencia precaria, dispuesto a consumir consumiéndose… Pero lo dicho, no los entretengo que aquí llega la descripción de Lafuente Alcántara que según él mismo cuenta en el artículo, quizá para darle un toque más aventurero a su escrito, cae en Loja tras el descarrile de una diligencia en las proximidades del pueblo. Y así narra sobre nosotros y nuestra feria…

> Ésta se divide en dos secciones, una en la plaza principal y calles colaterales, otra en una espaciosa alameda a orilla del río. En la primera se venden utensilios domésticos y trajes y juguetes para chiquillos. Aquí se ve a un imberbe campesino aproximarse a una tienda, contemplar los géneros, pedir el precio de un pañuelo con mil colores, y después de rebajar su mérito y regatear con el tendero, decidirse a comprarle. En su complacencia se deja conocer que es un recuerdo destinado al objeto de sus sencillos amores.
>
> En otra, una graciosa aldeana, vestida con tanta sencillez como pulcritud, compra enseres y una estampa de la Virgen y el Niño para adornar su modesta habitación. Un robusto joven con la frente tostada del sol y la mano endurecida en la esteva abona el precio con afable solicitud… Ella, como esposa que es ya, y con instinto de la maternidad invierte en cosas útiles las cantidades que le regalará el esposo para galas buenas para aquel tiempo, en que se engalanaba para aparecer bonita en la feria del domingo, en que su novio le cantaba jácaras en la ventana.
>
> En otro puesto, un maduro padre, perdido ya aquel gesto risueño y agradable que suelen adoptar los maridos mientras dura el pan de boda, se acerca con cuatro pimpollos a un vendedor de trompetas, timbales y chicharras.
>
> La segunda sección de la feria, que es el mercado de animales, presenta una decoración distinta. Millares de mulas, asnos y caballos, rebaños de ovejas y ganado vacuno, multitud de cerdos, cabras, cabritos y animales de asta de cuyo nombre no quiero acordarme, se ven acampados en los márgenes del río y en medio de sus frondosas alamedas. Allí es donde despliegan vendedores y chalanes toda su persuasiva elocuencia: allí el escuchar los donaires sales andaluzas y ver a la gente crúa abrirse paso por las estrechuras, y dar codazos y empujones y voces, y requebrar a las buenas hembras, y remojar la palabra en esta taberna y cantar una copla en otra, y bailar en la de mas allá, y promover disputas, algazaras y bromas….
>
> Aquí se ve a un grupo de gitanos celebrar el genio manso, la firmeza, la calidad de un rocín indómito que desea comprar un buen hombre de gruesa estampa y ancha faz; no bien acabado el discurso apologético del animal, empieza éste a dar coces a diestro y siniestro con notable admiración de los vendedores que aseguran no haber hecho jamás cosa igual y que aquello es comprobante de

> su bondad y mero vicio y fortaleza; y prueban allí mismo que es mejor y brioso que el Babieca del Cid. Allá tres o cuatro chalanes desconocidos haciendo ellos papel de incautos o inexpertos procuran engañarse mutuamente.
>
> En otra parte… no es posible referir todo lo que pasa en una feria. Quien padezca de humor atrabiliario y quiera curarse acuda a una feria andaluza, mézclense entre la muchedumbre, observe, y la risa acudirá a sus labios.

La feria que conocí en mi niñez y adolescencia no era tan distinta de la que habla Lafuente, recuerdo la feria de noche, que entonces era en La Carrera y La Victoria y ese olor a tapas y raciones de pescao, calamares y pinchitos morunos que salían de los bares a las terrazas repletas de gente, con apenas coches abriéndose paso entre la multitud y obviados como algo ajeno al propio devenir de las gentes en medio de las calles; recuerdo Los Claveles -«¡Joaquín Los Claveles son míos!»-, El Conga, La Inmaculada, el antiguo Quintana, el café Aguilera, la heladería, el Casino, Los Cármenes, el letrero medio borrado del Hotel Europa y, en especial, el bar Navarro, donde paraban las alsinas, del que mis padres eran íntimos, lo que me permitía de vez en cuando entrar en la cocina y que Araceli me diera tapas extras: voladillos, berenjenas rebozadas, gambas con gabardina… mientras le decía al camarero -«ponle un tubito al niño»- aprovechando que no estaban mis padres. Y en las terrazas y los bares la presencia de las mujeres en el espacio público que normalmente el resto del año estaba reservado para los hombres. Pero sobre todo era el momento de subirse en los cacharros de La Victoria que por la mañana habían estado cerrados. Primero nos subíamos en la noria donde un tambor y el empuje de los feriantes marcaba su velocidad, se llamaba El puche-puche quizás por la cadencia del tambor que recordaba al de los por ahora desaparecidos «armaos» en Semana Santa.

Después a las barquillas, que se ponían delante de la barandilla, sobre los torreones, donde hoy está el edificio del Bar Rufino y la casa donde vivía Don Fernando Vázquez, el médico, al que yo quise tanto y con el que tanto me reía, y con cada arrechuche el Hacho se venía y se iba en esa alocada remontada que le dábamos a la barca. Las barquillas eran más baratas, más populares, a mi hermano Victorino le encantaban, lo que no podría decir de mi hermana Teresa ocupada en otras cosas, allí tú pagabas menos porque el motor del columpio era uno mismo y el que se montaba contigo y… flexión va estiramiento viene aquello empezaba a empinarse y a sentir nublos en la cabeza, hormigueo en el vientre y una excitación que era como una iniciación al placer que creaba adicción y empobrecimiento del bolsillo… como una droga de la cual salías

ennortao con la cabeza ida cuando los tablones que hacían de freno se levantaban y rozaban con el caucho de la quilla produciendo un ruido final y una parada en seco. Pero eso no era todo, faltaba el columpio con el nombre más sugerente, con espectáculo garantizado tanto si te subías como si no: Las delicias, una especie de noria, adornada de espejos, de dos receptáculos pintados con las caras de mujeres peinadas a lo Rita Hayworth, donde te sentabas haciendo uno de contrapeso del otro, de tal forma que si los dos que se subían en un receptáculo pesaban menos que los que se montaban en el otro le ponían unos saquitos de arena en la parte baja y trasera para casi igualarlos y poner aquello en funcionamiento con un saco de más o menos, y la ayuda de aquellos jóvenes voladores que se exhibían agarrados en las barras metálicas de la parte baja de la barquichuela y daban impulso o freno con sus vuelos, para mí fascinantes y llenos de riesgo, y hasta que no me había hartao de verlos y había sacado consecuencias de sus habilidades no me subía al columpio a comprobar por qué se llamaba Las delicias… Debía ser ese especial cosquilleo que ningún otro artilugio en toda la feria te proporcionaba lo que lo nombraba como delicia, un columpio para todos los públicos…

Ya desde lo alto de Las delicias se podía ver el patio de La Victoria -el primer lugar que yo recuerde donde estaba la caseta oficial- cuando quedabas parado allí arriba un ratito, mientras se llenaba el columpio, podía ver los preparativos de la orquesta, la disposición de las mesas, las luces y los montones de cajas de bebidas que luego se esparcirían por los grupos de gente que se procuraban cajas de refrescos de las conocidas marcas recién llegadas en los primeros años 60 al país, convertidas en iconos de la fiesta… las mezclas de alcohol destilado y burbujas, que por entonces hacía poco tiempo que habían sustituido a zarzaparrillas y demás espumosos locales, acompañando a los finos y montillas que eran los dueños de los gaznates durante el día y culpables de mis primeras cogorzas adolescentes. Entonces no iba aún a la caseta, en primer lugar por mi edad, pero en realidad porque en determinados ambientes la caseta no era un lugar apropiado de «buenas costumbres» y con resignación y sobre todo sin dinero suficiente quedaba excluido de ese espacio de diversión por antonomasia. Al día siguiente, sin poder opinar por no haber visto ná, oía, en uno u otro sitio, de amigos que sí iban o de hermanos mayores y vecinos, las anécdotas que un día tras otro sucedían en ese recinto mágico de la caseta donde la fiesta no alcanzaba su cenit hasta altas horas de la mañana, que comparadas con las horas de cierre de las juergas juveniles de hoy podrían parecer algo ridículo, porque lo que hoy se lleva es darle la vuelta al día.

Aquellas 6 o 7 de la mañana era un trasnoche tan poco habitual que su solo nombrar daba idea de lo extraordinariamente feliz, lúdico y único que era el ambiente amenizado por la orquesta Aliatar o por Los Denis con su versión del «ui uaa tintan guaraguarabimba», primer grupo local pop, lejano antecedente de los exitosos grupos que han surgido de Loja en los últimos años como Los Del Ayo o Lory Meyer, o la orquesta número uno, Bernardino y Los Serenade, que durante tanto tiempo dio el sonido verbenero junto a grupos del incipiente pop español que traían los vientos spanish-hippies de sus canciones -«Busco un amor para mi vida, vivo la vida para el amor»- que con los calores de agosto abrían los apetitos sexuales echando por tierra oleadas de puritanismo, novenas y esa moral, digamos de blanco y negro, que tuvimos que ir saltando a bancadas para mayor libertad y entendimiento de nuestras propias vidas.

La feria también era para eso, para saltarse las normas y no es que aquello fuera, dicho en lojeño, un folleteo, ¡que más hubiéramos querido!, pero sin duda que esas fechas de nocturnidad y horarios libres fueron contribuyendo a nuestra nueva educación que la íbamos tomando como podíamos los unos de los otros o… de las otras, haciendo vanguardia conforme la adolescencia se nos fue amontonando despertándolo todo. Y en eso estábamos ya por los finales de los 60, con medio pueblo emigrao a Sabadell, Barcelona, Alemania o Suiza… donde buscaban la vida que su pueblo no le daba; y un bailecito aquí, un achuchón allá, y a mí, que mi frustración primera es no poder haber sido bailaor flamenco de mucho taconeo -un Israel Galván grande y nuevo-, mi padre, sin saberlo y sin entender mucho de mi vocación, cuando me veía llegar tarde, o a lo que a él le parecía tarde, me gritaba -«¡Bailaor. Bailaor!»-, no por lo del toro que mató a Joselito sino porque hablando en plata no le hacía gracia que la gente, a modo de piropo y habiéndome visto canturrear y bailotear, que otra cosa no era, le dijera: -«Don Victorino, qué gracia tiene su niño y cómo baila»-. Aunque después, cuando íbamos a Valencia a casa de mi abuela bien que nos ponían a bailar, para disfrute de la familia, a mi hermana Amparo y a mí lo último que habíamos aprendido en la feria, aparte del ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! de «La Mariquilla» o «Niña asómate a la reja» que eran dos clásicos. Y así es la vida: quien te quiere no te deja y quien te deja… no te quiere.

No es que hubiera muchas novedades de un año para otro en el programa de fiestas pero una cosa que siempre me gustaba eran las Policromías, un espectáculo revistero de niños para niños, lo que hoy llaman gente menuda, que ocurría en el Parque Novedades de la calle Tamayo, y otra las para mí espec-

taculares carreras pedestres que daban la vuelta a La Redonda recién hecha, y que en mis años ganaba con asiduidad el primer atleta local que yo recuerde: el Poeta, admirado por su facilidad para ganar a otros corredores locales o forasteros, triunfos que nadie patrocinaba, escribía ni reseñaba, mitos que vivían en el interior de las cabezas de los muchachos que se arremolinaban al final de la carrera para estar cerca de un vencedor desprovisto de podium al que daban algún duro y una medalla.

También recuerdo como un día especial el día de la vuelta ciclista, mi deporte favorito; ese día, previo refunfuñe, mis hermanos, Manolo y Victorino, me llevaban para verla pasar con ellos y todos sus amigos a casa de los Rodríguez en Los Ángeles, pues al dar la casa también a la Carretera Nueva había posibilidad de ver a los ciclistas por dos sitios y percibir mejor el desarrollo de la carrera, la evolución de las escapadas y oír el ruido de las cadenas girando veloces en pos del triunfo que mis hermanos predecían que sería el del Borlas, el ídolo local. Toda la feria pendiente de todo lo que en aquellos días venía a Loja, que si la *gymkhana*, que si el aeromodelismo, que si el tiro al plato o, ya años más tarde, los campeonatos de natación en la Piscina Yola y el tenis, con el Churri campeón ocasional, que era como la llegada de la civilización, un deporte fino y nuevo que en Loja pronto adquirió gran afición por lo de Santana y el empeño de Don Vicente.

Por allá se van los camareros con sus bandejas circulares y plateadas y sus chaquetas blancas, que ya huelen a tó, camino de la estación a tomar el ferrobús, ¡lo último en tren!, que los lleve a su pueblo a dormir para poder volver la noche próxima con sus chaquetas ya lavadas, de nuevo a servir en las terrazas y refrescar los gaznates. Esa es la imagen que tengo en mi cabeza cerrando el día que ya clarea, los tejeringos tomaos, los chocolates bebíos y atendidas las vomitonas de algún amigo barra/a, nunca mejor dicho barra/a, que ha mezclao sin parar y se empeña en amargarnos los últimos instantes con el líquido ácido que expulsa como si los mismos veinticinco caños fueran -«joer pa qué has bebío tanto…»- y ya pá la casa a dormir, aunque alguno que vivía por el barrio alto, un teoletero, que tiene que abrir la puerta con máximo sigilo, puede ser que tras las cuestas y la concentración pá no hacer ruido se acostara con la pea pasá dispuesto a corretear a la primera de cambio en el nuevo día.

Y de pronto, a lo más tardar con 17 o 18 años, sobre el 71 o 72, los juegos de la infancia empezaron a irse y comprendí entonces que mi sueño de niño, gastármelo todo en los coches de choque, no tendría lugar y que nuestras cabecitas pensaban mas allá de nuestros juegos, que el país que vivíamos era

muy oscuro, las noticias que traían nuestros hermanos hablaban de que no teníamos libertad y rum rum rum rum empezamos a ser otros, otras… Nuestra pandilla hacía aguas porque las ideas de unos no iban con los de otros, y las ideas eran lo primero, y leíamos a escondidas los libros prohibidos, las películas prohibidas, prohibición era el territorio donde estábamos creciendo en medio de la asfixia de la mayoría, y empezamos a conocer, a saber, a explicar, y de pronto un día nos sorprendimos cantando unos cuántos La Internacional en el patio del Instituto, donde se hacían las verbenas, donde estaba la preciosa fuente esa de los tritones que da más vueltas que una volaera esperando echar agua de una vez, en ese espacio donde cayeron los jardines y plátanos gigantes y centenarios que tanta manía parecen todavía tenerles. Cantamos con gran inconsciencia por nuestra parte, no pasó nada ese día, pero el pistoletazo de salida estaba dado y a partir de ahí, y con la marcha de muchos de nosotros a estudiar a Granada, nos fuimos como se decía entonces comprometiendo, transformando nuestras cabezas y tomando partido hasta mancharnos. A finales de agosto del 75, en plena feria, todos los amigos, que ya éramos camaradas, nos dedicamos a preparar una acción que iba a discurrir en Granada el 9 de septiembre pidiendo la libertad para los que después se convirtieron en los últimos fusilados del franquismo, aquí en Loja por la noche en casa de Joaquín Vázquez, en La Victoria, entre el ruido de la caseta, o en la de Miguel Sánchez o en la mía; mientras el bullicio de la feria tenía lugar nuestras vietnamitas chorreaban tinta preparando los panfletos para la acción… Pero no se preocupen, seguro que en la feria del 75 nos emborrachamos, bailamos y… porque éramos rojos, algunos tirando a rosa, seguro que también cantamos alguna canción de cantautor que nos erizaba el alma, pero les puedo asegurar que cuando la brigadilla entró en nuestras casas, buscándonos tras las detenciones que se produjeron después de la acción, nosotros no estábamos, porque aunque éramos divertidos y jóvenes estábamos muy bien organizados…

Y se murió y empezó todo a cambiar, no les cuento cómo fue el cambio, podríamos discrepar y estamos aquí para otra cosa, lo más lejano a una discusión, esto es un pregón ¿o es una fantasmada?; bueno, lo dicho, que empezaron a llegar las ferias democráticas, las participativas y lo que antes estaba oculto empezó a aflorar y las casetas políticas fueron la novedad durante los primeros años *post mortem*, precios populares, símbolos ostentosos, carteles políticos decorativos, farolillos rojos y blanquiverdes, banderas, abrazos de hermandad, pinchitos preparados en las casas, las tortillas y, como siempre, fino, cervezas, gambas y jamón, y entonces me acuerdo de nosotros los del MCA, comunistas

de izquierda, que teníamos nuestra caseta porque entonces éramos bastantes y entre los de Huétor con Salva a la cabeza y los de Loja con mis buenos amigos y compañeros Fernando Piqueras y María Luisa, y otros muchos que no nombro para evitar cansancios y retahílas, gozábamos de la feria mientras sacábamos unos duros para la causa.

Pero no les voy a dejar entre banderas que siempre dividen y separan, volvamos a la feria, reguemos las gargantas, comamos -«Niño ponte una musiquita buena que vamos a bailar, a cantar y dar palmas»:

> Tres cositas tiene Loja
> que no las tiene Sevilla
> la alfaguara, los gitanos
> y el barrio las vereillas.

Tango de aires granainos y lojeños que cantaba el gitano Ramón de Loja que no conoció nuestra Volaera, que me lo contó mi amigo Guille y me refrescó la memoria de cuando lo cantábamos, sin saber ni siquiera que era un tango, en ese espacio del olvido de la pena, la feria.

-«¡Ozú cuánto polvo!»
-«¡Cuchi el niño que nos va a meter el bastón por el ojo!»
-«Déjalo, mehó que llenen, y un plato de jamón y caldito pa la pea… y la gente pintaita y presumía pasea, unos solo para mirar, pero los hay que… ¡Ay señor! ¿Cómo se para a esta gente? ¡Venga, venga, vamos a cantar y a bailar aquí en el pueblo del agua! ¿Todavía del agua?»

En Loja de la que decía Walter Starkie en *Don Gitano* allá por 1930:

> Atheneus, traficante de la antigua Grecia, famoso por sus escándalos y sus borracheras, solía lanzar terribles anatemas contra los españoles ricos que preferían el agua al vino. Comprendo la razón de esta referencia desde que bebí en uno de los muchos manantiales que brotan en el verde paraíso de Loja.
>
> Loja es una ciudad de catadores de agua; sus habitantes tienen un paladar especial para notar la diferencia entre uno y otro manantial, como los catadores de vino de Sanlúcar de Barrameda lo tienen para las variedades de la manzanilla. El agua es la sangre de la tierra y los moros crearon las arterias para regar y fertilizar los jardines de Andalucía. Las murmuradoras, chispeantes fuentes de Loja anulan el encanto de las de Xauen, la ciudad sagrada, y preparan mi espíritu para gozar del jardín de Lindaraja y el Generalife.

O la Loja de las aguas sanas, nombradas por Santa Teresa en dos cartas que escribe, y que mi madre Teresa Marín que fue maestra de Loja, directora de La Malagona en tiempos en que Manolo Martín, nuestro amigo, era el Presidente de la Asociación de Padres, figúrense… me refirió. Dos cartas escritas desde Toledo, en enero de 1577, a la Madre María San José del convento de Sevilla en las que pide las aguas para una monja enferma y que cuentan así:

> La nuestra priora de Malagón se está ansi, harto he pedido a nuestro padre que me escriba si el agua de Loja aprovecha llevado tan lejos para enviar por ello, acuérdeselo vuestra reverencia.

Días más tarde vuelve a escribirle diciendo:

> Ahora en el agua tengo esperanza de Loja, ya he escrito a nuestro padre nos avise se detendrá, haré que envíen por ello, creo que es bien curada porque yo lo aviso mucho.

Así que ya sabéis, somos el pueblo del agua, al que cuando nombraban era para compararlo con el paraíso, y así lo hicieron desde Ibn Aljatib, el lojeño de los mil saberes, a los Hermanos Marx, desde Santa Teresa a Andersen, hasta este viajero irlandés al que me acabo de referir, Starkie.

> Los lojeños, las lojeñas, herederos del paraíso, no deben comer de la manzana para no ser expulsados.

¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!; ¡Agua! del Terciao; ¡Agua! de las Lagunas, de las Chorreras; ¡Agua! del Cofín, Frontil, Manzanil; ¡Agua! de la fuente La Cinta, de la Quinta, de la Plaza Arriba; ¡Agua! del Genazar, del Genil, del Borbollote; ¡Agua! de la Plaza Abajo, de la Trucha de Riofrío, del río Salado; ¡Agua! de la fuente Don Pedro, del pilar de Guarino, de Porrinas, de Plines; ¡Agua! de La Presa; ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡El agua presa de La Presa!; Agua de la Cadena; ¡Agua! de la Fuente Santa, de la Palma, de la Fuente la Teja, de la Fuente Alta; ¡Agua! de cada uno de los 25 caños; ¡Agua ruidosa de la Cola del Caballo!; ¡Agua! de las Acequias del Batán; ¡Agua! de los Infiernos, de los Infiernos Altos, de los Infiernos Bajos; ¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!; ¡Agua! de la Fuente del Paraíso.

¡Agua de Loja! que decían por Málaga que este debe agua hasta en Loja. Que decían que en Loja hay más manantiales que días tiene el año, que decían…

Su poquito de agua con el anís y los chumbos, pero estamos en feria y para el vino hagan caso del autor de Don Gitano: Manzanilla de Sanlúcar ¡la mar inmensa!

Y… ¡BEBAN! ¡BEBAN! ¡BEBAN! ¡BEBAN! ¡BEBAN! por este fantasma que no puede beber… por este fantasma encadenado al pasado, impedido para hablar del presente.

Y... ya saben «¡Quien quiera feria que aguante los cohetes!».

~

Texto escrito en 2005 como loa de Loja para ser leído en el acto inaugural de la feria de ese año junto a cantes y bailes como es menester en estas ocasiones.

¡¡LARGA VIDA AL CUTRE CHOU!!

~

Feria del Corpus, Granada. Año 198… y pocos. Caseta El Meneillo, actuación del CUTRE CHOU. DOS ÚNICAS FUNCIONES. Miércoles y sábado de Feria. 1h. de la madrugada.

Y allí, desde las once de la noche, la compañía del Cutre nos disponíamos al maquillaje y a disfrazarnos para la función, en un vestuario ubicado debajo del escenario, encorvados y gibosos por los ciento cuarenta centímetros de altura que había de suelo a techo; a la luz de una bombilla salían del baúl las últimas novedades en los trajes y adornos de ese año. Allí abajo bullía la vida en un ir y venir de risas y aspavientos cuando íbamos viendo transformarse el dogma de agitadores marxistas leninistas en espectáculo de agitación carnavalesca, en esa algarabía de lentejuelas, velos, paquetones, tetas postizas, pelucas imposibles, ropas preparadas para la ocasión… Labios pintados, géneros trastocados, el desmadre de un cabaré fotonovela con carreras en las medias. Y… el dónde has puesto esto, el dame la barra de labios y el rimel o el píntame, Nico, que yo solo no me veo, mientras por algún agujero de las telas que cubrían los bajos del escenario se veía al público expectante que fiel a la cita empezaba a gritar ¡Cutre! ¡Cutre! La Estrella, La Lola, La Santa, abreviatura de Santaella, se iban convirtiendo en super-vedettes, estrellas de la noche del Corpus, y nada era más divertido que aquellos minutos cuando todo estaba preparado para salir arriba entre el rugir de las decenas de personas que explotaban de júbilo, cuando se oía la música que abría el espectáculo y salía el presentador estrafalario, transgenerizado, dando la bienvenida con un discurso elocuente y exagerado, felicitándose por la suerte que iban a correr los que tenían la fortuna de estar aquella noche bajo la carpa inmensa del ¡¡¡¡CUTREEEEE CHOUUU!!!!

El CUTRE CHOU, un grupo de amigos y amigas la mayoría militantes en la organización de Granada del Movimiento Comunista de Andalucía, de donde recibía el nombre la caseta, rebajando el pomposo nombre sesentayochesco de «Movimiento» por ese otro de «El Meneillo» que favorecía el ambiente divertido, centro principal de captación de recursos económicos de nuestro entrañable grupúsculo que por aquellas fechas había hecho de la lucha contra la OTAN, el pacifismo, la ecología y el desarrollo de las luchas feministas su principal trabajo de teorización y agitación tras el asentamiento de la descafeinada Transición, la llegada al gobierno del PSOE y la certeza de que la revolución

no tendría lugar. En ese marco es en el que se desarrolla la aparición del Cutre, un espacio nuevo de agitación que deja atrás el cansancio y el color en blanco y negro de la lucha antifranquista, de alguna forma derrotada por la ruptura pactada, llamada Transición, que supuso la casi total desaparición de los partidos de la izquierda revolucionaria. El Cutre era la expresión de la quiebra con los maximalismos de las certezas revolucionarias y la apertura a nuevos temas de lucha como el feminismo y la sexualidad libre que ponían nuestras propias vidas en el centro de los cambios sociales. Pero sobre todo, el Cutre era la expresión de los afectos que se cruzaban entre nosotr+s, dispuestos a celebrarlos en un ambiente donde compartir la risa y la astracanada, tras tantas derrotas como habíamos vivido. La vida levantándose como se levantaba la altura del fingido trapecio donde Pinito del Oro, Juanma, de tul y brillo, con su capa voladora, parecía ascender a las alturas y arriesgar la vida en saltos mortales continuados, acompañada de su esposo que hacía de subalterno con ejercicios circenses, que en la exagerada narración del maestro de ceremonias parecían reales.

¡¡¡CUTRE CHOUUUU!!! Un nombre que aceptaba cualquier disparate, improvisación, delirio, desmadre en escena, rupturas del guión y ausencias de algun+ que se había rajado a última hora. Achuchones, risotadas, incluso cabreos en el escenario en medio de la función: «Santa, sal bonica que no podemos parar esto»; y el presentador, yo mismo, abandonaba el escenario micrófono en mano y bajaba al camerino, al lado, tras la cortina negra, retransmitiendo en directo el atranque que había allí, algún disgusto de protagonismo entre actores y actrices que impedía que el número comenzara: y se oía al público reír por ese escenario vacío, abandonado, hasta que La Santa salía con el ceño fruncido pero espléndida y se unía al coro cantando aquello de «Somos las nadadoras, vamos siempre adelante, nuestro ánimo no tiene fin…». Un canto a la resistencia hecho a base de lentejuelas, con una cabeza de pato sobresaliendo del salvavidas de plástico chillón rodeando la cintura del improvisado ballet, que se descomponía con tal desorden que causaba los aplausos y los gritos de un público entregado que señalaba con sus dedos las caras y los meneos de sus propios camaradas transformados que trastocaban papeles, revolviendo lo masculino y lo femenino en tal extremo que podríamos decir que anunciaban lo que años después ha significado lo *queer* en la propia transformación de los feminismos.

Los números que componían el Cutre se abastecían de canciones populares del momento, de la copla, rancheras…, cuyas letras o bien se trastocaban adquiriendo nuevos sentidos o lo que se trastocaba era el sentido de la letra mediante el disfraz produciendo parodia; parodia para producir crítica o la

aparición de un discurso de espejos deformantes que contaban a través de una construcción performativa. Contar desde dentro.

Recuerdo el número de la monja salvaje: sobre una caja de Coca-Cola de plástico rojo, quieto como una estatua, vestido de verde y rojo, rodeado de encajes como un San Pancracio con el perejil en la mano, estaba Pepe el de Alfacar, enjuto, seguro que fumado pero quieto, mirando al infinito, y debajo una monja arrodillada ante el santo, dando la espalda al público y vestida con una toga de rayas de cebra a la que se oía decir en voz de ultratumba con total lentitud: «Yooo lo queee quieeeero es que me cooooma el tigre, que me cooooma el tigre, que me coooooma el tigre…». Repitiéndose varias veces y acelerándose en cada repetición hasta que estallaba en toda la caseta la música y la canción en versión Rosa Morena. Entonces, en un arrebato, la monja abandonaba la toga de cebra y surgía el transgénero en bata de lunares subiendo, al ritmo de «que me coma el tigre, que me coma el tigre mis carnes morenas», la túnica verde de San Pancracio, y revoloteándolo como una posesa, con los labios de carmín y una calva galopante con flor, mientras el público se desternillaba a gritos, y desaparecían bailando; la luz se apagaba dando fin.

Sobre el comienzo de los noventa, el Cutre hizo una especie de comedia musical, textos en playback que confeccionaban los diálogos de los distintos personajes que componían el número. Guiones disparatados que, a través de una historia que narraba los amores de una hermana mejicana de Montserrat Caballé -Lola la del Puerto- con el marido de esta, mostraban diversos personajes que escondían sexualidades múltiples y enredos varios tratados en una mezcla de fotonovela colombiana y comedia costumbrista andaluza. Lo Cutre ya no era la forma primera de una intervención generalizada de la improvisación, sino que se refería ahora a la forma de crear el guión, el uso de fragmentos que se iban pegando conforme aparecían en medio de las reuniones preparatorias, que siguieron siendo escasas lo que favorecía la no excesiva búsqueda de un producto enlatado, sino vivo y fresco, lleno de cosas que nos estaban sucediendo y que se divulgaban, se contaban. En ese sentido, los números del Cutre serían acciones que huían de lo teatral, de lo ensayado.

En el 1992, año de la conmemoración del Quinto Centenario del «descubrimiento» de América, año de la Expo de Sevilla y las Olimpiadas de Barcelona, el delirio que produjo el Cutre con los números que ese año conformaban la revista (revista como función, revista como edición) fue inenarrable. 500 años del «descubrimiento» y allí estaba sonando «Él vino en un barco de nombre extranjero, lo encontré en el puerto un anochecer…» cantado por una bellísima

india, Estrella, vestida a lo Sara Montiel en *Yuma*, mientras detrás, en un barco de cartón, aparecía Colón con melena amarilla, con esa cara de espantado que Juanma ponía al modo de Stan Laurel, mostrando su brazo tatuado con el nombre de la reina Isabel, mientras se oía:

Mira mi brazo tatuado
con este nombre de mujer,
es el recuerdo del pasado
que nunca más ha de volver.
Ella me quiso y me ha olvidado,
en cambio, yo, no la olvidé
y para siempre voy marcado
con este nombre de mujer.

O el frenesí de los cinco compañeros vestidos a modo y usanza de equipo de gimnasia rítmica tirando las cintas, los bolos o los aros con que se acompañan los ejercicios en la competición, y conformando con sus arrítmicos movimientos y aspavientos un ballet de no se sabe qué, dando fondo a una Montserrat «Callaté» barbuda a la que daba vida Carmelo, orondo con su traje dorado, sus operadas tetas de globo, su melena setentera con la que se hizo o le hicieron un alto moño, maquillado sobre la barba, que no se sabía si era Montserrat o un guerrero de sumo trans; todo acompañado de una versión de Freddie Mercury a lo Juan Meca, elegante y bajito ante la diva con la que canta, desgañitándose al unísono entre gorgoritos y la exaltación de los juegos olímpicos, «¡¡¡¡BarcelOOOna!!!! ¡¡¡¡BarcelOOOOna!!!! ¡¡¡¡BarcelOOOOOna!!!!».

La visión carnavalera gaditana de la apoteosis del 92 enseñaba la ruina del 93 con la risotada ante los 10 años de reinado del PSOE celebrado con unos juegos y la añoranza del «descubrimiento».

La mezcla de variadas formas de lo que se ha entendido como cultura popular en la canción, el teatro, la comedia costumbrista, la telenovela, el ripio rayado, las varietés, los espectáculos trans de los primeros bares de ambiente desde finales de los 70, con unas concepciones políticas que no se enuncian como panfleto sino como yuxtaposición de imágenes que trabajan con la mezcla de los géneros, los discursos feministas, la crítica a las políticas espectaculares, la vida como acción, y todo ello trabado para crear la risa a través de un caleidoscopio que continuamente produce imágenes que llevan a los espectadores a inmiscuirse en lo que sucede por medio del asombro: eso es el Cutre.

El Cutre Chou continúa 20 y pico años después produciendo similares efectos entre los privilegiados espectadores que se asoman año tras año al Corpus granaíno.

¡¡Larga vida al CUTRE CHOU!!

~

Texto escrito en 2009 para el proyecto *dig me out. Discourses of Popular Music, Gender and Ethnicity,* una publicación en DVD realizada por María José Belbel y Rosa Reitsamer y financiada por Arteleku, Diputación Foral de Guipúzcoa, Donostia/San Sebastián. http://www.digmeout.org/de_neu/intro.htm

EL DETECTIVE

~

I

Aquella tarde había decidido saltarme la regla familiar de no ver películas calificadas por la clasificación moral de la Iglesia como 4, «gravemente peligrosa no debe verse». Echaban en el cine Aliatar de mi pueblo, Loja, *El detective*, una película protagonizada por Frank Sinatra en la que la homosexualidad estaba presente como delito, era 1968, tenía catorce años.

Fui solo, como se va a la escena del crimen, aquello era un asunto mío que tenía que vivir solo, sin riesgos de que en mi casa, estrictos con las cosas de la Iglesia, lo supieran rápidamente por cualquiera. Entré cuando la película había empezado y salí antes de que terminara, con ello reforzaba la clandestinidad de mi acto, mi seguridad. No recuerdo muchas cosas más, incluso no sé si sirvió para aclararme algo, supongo que no mucho, solo que había mucha más gente que era como yo creía que yo era y que en torno a ellos actuaba la policía; maricones detenidos a mansalva, cargados como mercancías en un camión del que descendían para juntarse en la comisaría una variedad de cuerpos que vivían entre el gozo propio y el castigo ajeno. Placer y dolor. Cuerpo.

Manolita era encaladora de casas, al igual que la Negra, también llamada la Blancanieves, por puro contraste con el color aceitunado de su piel y tal vez como sueño imposible de un príncipe, menos acaramelado que el del cuento recientemente hecho película, un príncipe que le hiciera feliz en el desenfreno de una noche de amor imaginada y le rescatara del sórdido vivir en la ciudad con límite.

Manolita y la Negra serían como de treinta años, los dos eran lojeños, las dos vestían por la calle como hombres, elegantes y afectados por unos movimientos corporales como de otra naturaleza, gestos que los separaban del resto de los hombres, afeminados según decían, maricones… o más bien mariquitas, sarasas, parguelas, bujarrones, lilos, jotos, putos… la palabra travesti no estaba aún en el vocabulario de un pueblo en los años 60, por lo menos yo no la oí nunca decirla en la patulea de niños con los que yo hacía mi vida.

Mientras en la Negra, gitana, guapa y un poco bizca, afloraba la estridencia de sus contorneos, en Manolita todo era contenido; contaban, como una particularidad salvadora de su presente, que desde pequeño había jugado con muñecas y se lo habían consentido. La veo andando con las manos juntas y una voz suave.

La Negra era de pelo negro como tizones, ronca, y cuando hablaba era graciosa, con frases rotundas llenas de comparaciones exageradas, desorbitadas, arbitrarias… La gente reía con ella y en cierta medida la respetaba.

Manolita iba con su vida interior, casi siempre sola y cuando paraba a hablar con alguien sus gestos seguían siendo recatados aunque sus ojos miraban a todas partes, como observando cualquier movimiento a su alrededor, escrutando la realidad donde se desenvolvía viviendo la vida distinta de sus afectos, rayando desde su comedimiento toda la normalidad, la norma estricta de los comportamientos esperados del género dual inscrito y sujetado en nosotros.

Las dos eran amigas o al menos yo de vez en cuando las veía juntas, su presencia producía en mí una atracción no exactamente sexual, sino fruto de una todavía no certeza de que algo nos unía y un decirme que yo no era como ellas, pero podría ser que, pasado el tiempo, en algún momento pudiera serlo y empezar las manos a doblárseme en tirabuzón, forzar los escorzos troncales o adelantar el pie dejando solo la punta como apoyo… Yo las miraba cuando me las cruzaba por cualquier calle o las veía encalar con aquellas largas cañas que terminaban en una brocha gruesa y tosca por donde la blanca cal chorreaba antes de comenzar a iluminar la pared, y entonces ya no sabía si las miraba o miraba el ligero añil de la cal iluminada por el sol. Yo era sensible, palabra incrustada en nuestras vidas como una disculpa que nos hiciera más digeribles, más cercanos a lo que se supone una cualidad de las mujeres, sensibilidad por debilidad, que era la voz que escondía nuestra real separación del mundo de los hombres.

Ellas eran limpias, trabajadoras, se ganaban su salario y nunca oí ningún exabrupto sobre su discordante atracción por los hombres. La palabra sería: eran correctas, no resquebrajaban la paz familiar, su forma de ser no provocaba desórdenes públicos ni alteraba el curso de las cosas. Sería mucho tiempo después cuando supe de la existencia de leyes que castigaban a cuerpos como estos cuando se expresaban en toda su potencialidad, capaces de crear alteración y disturbio y por ello sufrieran la separación del cuerpo social, convertidos en irredentos merecedores de prisión y castigo.

II

La vivencia del cuerpo, reconocido como tal, se forjó en esta soledad de la contemplación sin comunicación, o en la satisfacción del cuerpo de otros de edad semejante a la mía, casi siempre de mi mismo sexo, iniciados en un aprendizaje

del cuerpo y del placer en observaciones clandestinas en común de nuestros propios cuerpos, donde la palabra estaba ausente, salvo cuando atraídos por un hombre de mucha más edad que nosotros, joven y de escaso conocimiento, nos enseñaba a la chiquillería arremolinada en torno a su bragueta su miembro enorme. Entonces, cual bajada de atracción de feria, disolvíamos el grupo entre estridentes gritos sobre la descomunalidad de su pene, que no era del tamaño del nuestro y que en mi caso nunca se acercó. Yo entonces ya tenía conciencia del pecado, no del nefando, sino de esa extraña concepción de las cosas feas, tal y como se las designaba en el mundo de la abominación del cuerpo en el que parecíamos criarnos, que no respondían a criterios estéticos sino morales y para las que encontré en mi infancia y primera adolescencia un confesor que se adormilaba en el ritual de la confesión y nunca nos hacía describir esa fealdad, con lo que introdujo en mí un relax para ir del pecado al arrepentimiento sin excesivo trauma... y así perdonarme con facilidad cualquier culpa y por tanto ponerme de nuevo en disposición al pecado en forma mayormente de pajas o gallardas, como se decía en mi pueblo.

Perdón y pecado como una montaña rusa donde la mística sucede a la contrición y de nuevo al pecado, deambulando por los días en un torbellino de reconocimiento de un cuerpo que produce placer y dolor, y lo produce en un, llamémosle, amor que no se atreve a nombrarse. Silencio a voces. Un incierto dolor.

Con el tiempo fui viendo que la vida se organizaba en esos criterios que reconocían todo el cuerpo por la parte que asignaba el sexo, y de paso el género, y todo lo construido en torno a esa pieza fundacional de la corporeidad masculina, un pene director de la cabeza instruida.

Años después, en 1973, estaba ya en un colegio universitario masculino sobreviviendo a la centramina y otras anfetaminas que casi todos tomábamos para estudiar con aires de sabios y discutir sobre lo que aprendíamos después de horas de deambular por los pasillos de aquella residencia de estudiantes, en un continuo abrir y cerrar de puertas, tertulias políticas y reír y hablar y hablar, hasta que llegaba la hora del Zeluán, un bar cercano que abría a las cinco de la mañana, adonde íbamos antes de acostarnos, y cuyo nombre para mí tenía resonancias árabes, aunque resultó ser un topónimo de Asturias; el Zeluán juntaba la noche y el día, acudía gente que había terminado su trabajo o lo empezaba, borrachos de a todas horas con la copa de anís, gente que se ganaba la vida en horarios nocturnos o comenzaba a trabajar temprano, pero entre los clientes asiduos estaba ella, nunca supe su nombre, pero su imagen, vestida de mujer,

maquillada profusamente, sentada en un taburete siempre al mismo lado de la barra, con las manos llenas de bisutería y el pelo corto a lo *garçon*, nunca se me olvidó. Ahí, enfrente de mí estaba mi otro yo, un travesti que cada noche actuaba en el Rey Chico de Granada, una especie de cabaret, club nocturno: el lugar de la juerga del que todos sabíamos, que ahora es Biblioteca Municipal.

De nuevo no era el deseo el que me hacía fijarme en ella, ahora sí travesti, distinta a todos los que visitaban el bar. La miraba de reojo un poco nervioso como si de un momento a otro fuera a ser yo misma. Pero ella allí era una mujer, una señora desayunando y solo era distinta por nuestra propia mirada. En esos años aún no había leído nada acerca de la homosexualidad que me permitiera reivindicarme desde una teoría que creara en mí un nuevo sentido. El cuerpo iba por libre buscando su placer por encima de todo raciocinio… y era esa imposibilidad de contención lo que me afirmaba que yo era así por mucho que todo lo que vivían otros no se pareciera a mi propia vida. El deseo era en sí riesgo y aventura.

III

> Vosotros, ¿no os sentís opresores? Cogéis como todo el mundo y qué culpa tenéis si hay enfermos o criminales… Sois tolerantes, decís, ¿qué otra cosa podéis hacer…?
>
> Vuestra sociedad nos ha tratado como una plaga social para el Estado… Las palabras que sirven para designarnos son al mismo tiempo vuestros peores insultos.
>
> Protegéis a vuestros hijos e hijas como si lleváramos la peste.
>
> Sois responsables de la infame mutilación que nos habéis impuesto al reprocharnos nuestro deseo.
>
> Vosotros que queréis la revolución, habéis querido imponernos vuestra represión. Luchabais en favor de los negros y tratabais a los policías de maricones, como si no hubiera insulto peor.
>
> Vosotros, adoradores del proletariado, habéis ensalzado con todas vuestras fuerzas la imagen del obrero viril…
>
> Nosotros, junto con las mujeres, somos la alfombra moral en la que os limpiáis las conciencias.

Este es un fragmento de los Documentos contra la normalidad del grupo francés Front Homosexuel d’Action Revolutionnaire (FHAR), 1971, y publi-

cado en castellano en el año 1979. Recuerdo la estridencia de sus proclamas, la seguridad de sus palabras que reforzaban la novedad de su razón y se me amoldaban a mi cuerpo constituyéndolo con una protección para el riesgo de vivir para el afuera.

La irrupción del feminismo en algunos grupos de la izquierda, llamada extrema, al final de la dictadura de Franco, fue para mí, que entonces militaba en el Movimiento Comunista, como un gozo nuevo que libera y da identidad al cuerpo oprimido, teoriza la ruptura de la identificación sexualidad-reproducción, muestra un nuevo sujeto mujer frente al rol construido de la feminidad, y reivindica el placer como una acción individual y al cuerpo como el lugar de la liberación. Esta nueva forma de vivir el cuerpo «femenino» abre a la vida a otros cuerpos que adquieren visibilidad y ayuda a construir una identidad homosexual que desde la irrupción de los travestis y transexuales en Stonewall desarrolla un movimiento político de luchas y reivindicaciones homosexuales por todo Occidente.

Cuando agarró el micrófono del altar y comenzó a cantar por Amanda Lear ya habían subido las escaleras del dorado retablo barroco al menos quince o veinte de los que participaban en la reunión de la Coordinadora de Frentes Homosexuales de Andalucía. La reunión había tenido lugar en los salones parroquiales de la Iglesia San Ildefonso de Granada, y al finalizar se nos propuso por el párroco, miembro del Frente y uno de sus fundadores, ver la Iglesia, enseñárnoslo todo. Yo le dije «¿sabes lo que haces?» y él me respondió «para mis hermanos todo», y abrió la puerta del retablo por donde, sorprendidos por la propuesta, fuimos subiendo entre gritos y risas los 21 maricones, desplegándonos por las tres alturas del retablo del siglo XVII, gritando a los de abajo por las hornacinas donde se encontraban las imágenes de San Miguel, San Rafael, Santa Catalina, Santa Inés, San Antón, San José, San Pedro y Pablo, mostrando nuestros cuerpos vivos junto a los acartonados vestidos de los santos del gran escultor llamado Risueño. Cantábamos canciones, desplegando la pluma reivindicativa mientras sonaba desafinado y chirriante el órgano, sobre la puerta de entrada de la Iglesia, asaltado por la turba que ejemplarizaba con su acción sobre el templo el desprendimiento de una serie de valores y, por tanto, la liberalización del cuerpo como lugar de sabiduría frente a los valores cristianos. Un nuevo cuerpo imparable que desbrozaba las ataduras de la sexualidad.

En Granada, en 1978 y promovida por un excura apellidado Parra que militaba como Joaquín Vázquez y yo en el MC, tuvimos una reunión en la Iglesia San Ildefonso, donde se reunían en clandestinidad, desde los años finales del

franquismo, todo tipo de movimientos sociales y partidos. José Antonio, párroco de la iglesia, Joaquín y yo hablamos sobre nosotros, el cómo hacer, qué hacer, cómo buscar a otros, cómo irrumpir en la calle o quién aparecería en público como maricón, la palabra que nos había estigmatizado durante años, el insulto que expulsaba al cuerpo y lo llevaba a un lugar de desposesión, vacío de derechos y sujeto a la arbitrariedad de la Ley de Peligrosidad Social con la que la dictadura franquista había completado su lista de grandes enemigos: comunistas, masones y judíos, y que ni el indulto de noviembre de 1975 ni la amnistía de 1976 al principio de la Transición benefició a los homosexuales que habían sido detenidos como peligrosos y que habían ocupado cárceles específicas, como la de Badajoz, adonde se enviaban los llamados pasivos, y la de Huelva, adonde iban los activos, a los que les aplicaban terapias aversivas.

La ley no se derogaría en sus aspectos principales hasta 1983, un año después de la llegada de los socialistas al poder.

La reunión fue el inicio del Frente de Liberación Gay de Granada, una organización formada por homosexuales masculinos que seguían el trabajo del MLH y el FHAR, y que junto a grupos de Andalucía creamos el FLHA, que unidos a otros como el FLHOC de Madrid, el FAGC de Catalunya, el MAGPV del País Valencià o el EHGAM de Euskadi, dieron lugar a la Coordinadora de Frentes de Liberación Homosexual del Estado epañol (COFLHEE), una organización de la que apenas hay rastros en la Red y que se constituyó durante varios años como el primer referente organizativo y reivindicativo de las organizaciones de homosexuales. Hace casi tres décadas la homosexualidad se consideraba una patología.

Estas organizaciones tomaron en su mayoría el nombre de Frentes de Liberación o Movimientos, con ello estaban emulando históricamente el nombre de Frentes que habían tomado las organizaciones que luchaban por la independencia y la descolonización en diversos lugares del mundo desde los años 60.

Los Frentes intentaban reflejar la suma de concepciones políticas que había en cada organización, y que la lucha de los homosexuales no solo estaba unida a la lucha del pueblo sino que opinaban y actuaban en los incipientes movimientos pacifistas, ecologistas, sindicales o por la legalización de sus organizaciones y los partidos de la izquierda revolucionaria…; señalando al cuerpo como un cuerpo colonizado por el sistema patriarcal capitalista al que hay que liberar de la opresión sexual.

Pero los Frentes no desbordan los límites de una concepción binaria del género y, por tanto, devienen a entender la liberación como un asunto por la

igualdad o la extensión de derechos; en definitiva, buscan bajo su aparente radicalidad una ampliación de la norma, ser reconocidos, normalizados.

El cuerpo homosexual que habíamos vivido como cuerpo de deseo, como el amor que no osaba decir su nombre, como un cuerpo que expande el placer desacralizándose, muestra sus límites en la conformidad con la ampliación de la norma heteropatriarcal a aquellos que aman a seres del mismo sexo. La lucha por el placer se va transformando en aceptación del amor romántico como paradigma y es esta ampliación homoerótica de la concepción del amor romántico, un cuerpo que ama a otro morfológicamente igual, construido como semejante, el que señala los límites transformadores, en numerosas organizaciones gays en la actualidad, con revival de la familia, de la pareja, de la fidelidad y por fin del matrimonio. Es decir, vida organizada por el Estado que nos regla. Las organizaciones homosexuales, llamadas ahora gays con un vocablo amable que define en cierta medida el fin del asilvestramiento y la entrada al orden, toman el camino de la reforma y sellan los límites de la liberación sexual en los países que han legalizado la homosexualidad.

La vida escapa a la razón y el cuerpo manda. Y ante la imposibilidad de acotar el deseo, de normalizarlo, resurge el hecho trans que «performa» y escapa a lo binario, diluyendo la noción de femenino y masculino, guiándonos a aquellos que no nos reconocemos en la masculinidad del homosexual blanco, los que abjuramos de su trono, la rebelión del cuerpo individual frente a la masculinidad y sus opresiones. Los transexuales y travestis que iniciaron la lucha en Stonewall con sus cuerpos otros, sus deseos otros, volverán tras la irrupción del sida, ya bien entrados los 80, a posibilitar la aparición de otro cuerpo descodificado del binarismo conceptual del régimen biopolítico. *Transgender*.

IV

Aún me cuesta trabajo recordar cómo el cuerpo que había sido mi amor, la persona con quien había unido por vez primera el afecto, la palabra y el placer, había muerto. Lo recuerdo en una foto dormido en la arena con la cabeza apoyada en el mástil de madera de un «changarrito» de playa; es la foto que guardo de aquellos años donde la imagen podía aún venerarse y llevarse en la cartera con esa sensación de quien lleva un poco del alma del otro en el bolsillo; recuerdo muchas más situaciones y sobre todo la carta en que se despedía. La carta de Diego la perdí como un síntoma de quien huye del dolor que se presenta como irrebatible.

Así llegó el sida a nuestras vidas, apenas salidos de la ciénaga gris de la dictadura de Franco donde años atrás habíamos vivido preguntándonos quiénes éramos; apenas el placer había jugado de tú a tú con nosotros, llegaba la que mostraban como la plaga irredenta de nuestra libertad. Los Frentes de alguna forma miraron hacia otro lado, queríamos no ver, pero debajo de la movida feliz de la España de los 80 que se nos cuenta, escondido en lo privado, ajeno a lo político, abandonados en la calamidad que traía, en la ignorancia de su tratamiento, en la fiereza de su insanación, no lo dimos todo. No era justo que nos correspondiera a nosotros homosexuales cargar con esa identificación social que de nuevo creaba estigma y dolor. La creencia de que el sida era un asunto de homosexuales llevó a nombrar la enfermedad de varias maneras, casi siempre peyorativas. Algunos de estos nombres fueron «cáncer o peste rosa», «peste gay» o «síndrome homosexual». El cuerpo enfermo, como un cuerpo no vivible, un cuerpo estigmatizado como cuerpo en decadencia. El cuerpo replegado, desasistido, que cierra su liberación comienza a recuperarse mediante la creación y acción de los comités anti-sida a finales de los 80, comités formados por portadores del VIH, familiares… Comités que son el soporte de la irrupción de la individualidad mediática de los que portaban la enfermedad y la afrontaban públicamente. Y es esa interrelación organización-individualidad la que comienza a provocar un cambio en la visualización de la enfermedad por la ciudadanía, junto a las demandas y movilizaciones de las organizaciones anti-sida que provocaron la aceleración de las investigaciones sobre su origen y vías de curación. Desde 1981, cuando se descubre el primer caso de sida, hasta 1996 cuando se inician los primeros tratamientos retrovirales, la enfermedad ha significado la muerte de decenas de millones de personas y la existencia de una industria farmacológica que saca pingües beneficios de ella, administrando la enfermedad según el poder económico de los afectados o la realidad pública de la atención sanitaria de los Estados.

V

En México, a las tres de la mañana del domingo 18 de noviembre de 1901, en la céntrica calle de la Paz (hoy calle Ezequiel Montes) la policía interrumpe una reunión de homosexuales, algunos de ellos vestidos de mujer. De ellos, 22 visten masculinamente y 19 se travisten. Carlos Monsivais describe el hecho en «La Gran Redada» y lo refiere como el suceso que inicia la visibilización de la homosexualidad en México.

Las crónicas de los primeros días insisten: son 42 los detenidos. Luego, quedan 41, el número que marca identidad y que acusa. Así nomás, y eso aviva el rumor que será leyenda, que será «verdad histórica»: el prófugo, que paga a precio de oro su libertad y al que se le permite huir por las azoteas, es don Ignacio de la Torre, casado con la hija de Porfirio Díaz. Más que ningún otro hecho, la presencia del Primer Yerno de la Nación señala la Redada y le confiere el ingreso firme a la memoria histórica mexicana, pese a la imprecisión de las noticias, la ausencia de foto y el que del grupo solo tres proporcionan su nombre verdadero: Jesús Solórzano, Jacinto Luna y Carlos Zozaya. Finalmente 19 de ellos, los menos pudientes, son enviados a Yucatán, de leva en el Ejército, donde serán humillados con trabajos considerados femeninos e impedidos de tomar las gloriosas armas otorgadas, como depositarios de la violencia, a una supuesta masculinidad que ejerce el poder sobre la sangre.

Posada recoge el hecho en dibujos irónicos acompañados de versos que son publicados en hoja suelta por Antonio Vanegas Arroyo; casualmente, o por mor del destino, me tropecé con los originales y la plancha en hueco grabado del dibujo invertido en el montaje de la exposición, que curada por Horacio Fernández, se preparaba en el Palacio de Bellas Artes de México D.F. sobre la obra fotográfica de Manuel Álvarez Bravo y su contexto.

75 años después, allí en Granada, el Sacromonte granadino, un cerro convertido en monte sagrado por la aparición, a finales del siglo XVI, de los Libros Plúmbeos, era una fiesta continua; las cuevas, puestas en valor por el turismo, se habían ido convirtiendo en el centro de la noche de Granada, miles de personas las abarrotaban; cuevas tablao de flamenco, cuevas discoteca, cuevas con actuaciones de travestis y transformistas donde se mezclaba el flamenco, la copla, los romances, ante un público mixto de matrimonios y homosexuales de todos los pelajes dispuestos a oír al Curro Albayzín en poemas de exaltación del Federico García Lorca por fin hecho carne, descendido a la tierra donde nació y murió asesinado; allí, allí estábamos para ir a ver las atrevidas e insinuantes apariciones de la Kiki cantando chirriante una especie de cuplé que decía «repasando el otro día el diccionario de francés, la mar se dice lamé», mientras simulaba introducirse una gran polla en la boca. Allí también estaban los bares que frecuentábamos los activistas de los Frentes, la Zíngara, el bar de la Encarna o el Chorrojumo, nombre de un personaje «performado» para turistas del XIX. Allí, las mariquitas intelectualas, arrojadas en los brazos de cualquiera, nos contábamos nuestras irrupciones en la vida pública con aquellos disfraces de viudas de velos negros que las desaforadas se habían puesto

después de asaltar los Cármenes abandonados del barrio del Albayzin, y de corretear por el Sacromonte e introducirse en un velatorio de gitanos de donde salieron como alma que se lleva el diablo nada más aparecer de luto riguroso en la cueva de La golondrina, y un gitano, trasc, trash, trac, sacarles la navaja. La veda estaba abierta y los pájaros salíamos a cantar por doquier con el nuevo y variado plumaje, donde la normalidad era estar dentro del armario y no como nosotros poniéndonoslo, tal y como Benedicto XVI dicen que dijo cuando por primera vez abrió los armarios vaticanos y exclamó «me lo pongo tó». Entonces, la masculinidad y sus estereotipos había desaparecido de lo que realmente era un maricón con sus variantes de plumera, lánguida, deslenguada, ocurrente o intelectuala, y las raras, que venían a ser lo mismo. Llevábamos motes femeninos como el de aquel que de nariz tan aplastada le llamábamos la Portazos o aquel otro que como siempre estaba en la calle dando vueltas le apodábamos la 11, que era el número del autobús de circunvalación de Granada.

En el Sacromonte ya no se cabía los fines de semana y la autoridad comenzó a ordenar, que es imponer, y el Sacromonte, a base de cierres, bajó de los cielos y descendió a la ciudad. Nuevos locales específicos se abrían para nosotros, como el 41 o Estudio 5 donde un día encontré travestido, actuando, a quien días atrás había llevado a casa como gitano guapo para pasar la noche. Yo ya me imaginaba algo cuando por la mañana, cuando me levanté, me encontré que me había dejado la casa como los chorros del oro, después de una fiesta de cumpleaños que yo había dado el día antes y en la que él no había estado. Pasados unos años lo encontré con traje y un bigote de usar y rasurar, paseando en un carrito, junto a su compañera y sus dos hijos. La identidad hacía rayas, creaba en mí interferencias.

VI

A diferencia de los términos «travesti» y «transexual», que fueron creados por el discurso médico-psiquiátrico-jurídico y que, por tanto, en su origen tienen una connotación patologizante, la noción de transgénero es un término autorreferencial que empezaron a usar activistas como Virginia Prince para definir su propia condición experiencial. *Transgender* abre un espacio conceptual que posibilita deconstruir la dimensión ideológica de la división entre sexo y género, expresando que la distinción entre hombres y mujeres es cultural, que no todos los cuerpos clasificados al nacer como masculinos o femeninos son hombres y mujeres, que sexo y género se amalgaman de forma

que no todas las piezas concuerdan con el patrón moneda. Será iniciados los 90 cuando el movimiento transgénero -que estuvo políticamente muy aislado, e incluso marginado y criticado por amplios sectores de los movimientos feminista y de liberación sexual, por considerarlo un colectivo reaccionario que reproducía y contribuía a perpetuar estereotipos de género- comienza una nueva visibilidad política coincidiendo con una serie de fenómenos, acontecimientos históricos y cambios a nivel cultural, geopolítico y socioeconómico como la epidemia del sida, el colapso de la Unión Soviética, la emergencia de las teorías *queer*, la tercera ola del feminismo y la expansión a escala global del neoliberalismo.

Los transexuales, tratados como casos de estudio y expulsados de los debates normalizadores, apilados bajo el paraguas de una sexualidad desviada, a la que la autoridad científica, médica y jurista intenta reasumir en el sistema binario de género, mediante la reasignación de sexo, comienzan a convertirse en sujetos de enunciación; sus opiniones empiezan a ser tenidas en cuenta por los estamentos de poder mediante la lucha por la descriminalización y despatologización de la transexualidad. Kim Pérez marca en los años 90, en la realidad española, desde Granada, el paso de ver y considerar la transexualidad como un aspecto exacerbado de la homosexualidad que vive en los márgenes, a situarla no solo como un derecho sino como la expresión de que los roles masculino y femenino se mueven, no son naturaleza, creando la noción de género difuso en el que sitúa a la mayoría.

Sigo la genealogía sobre las distintas ficciones políticas que han ido fabricando las técnicas de poder y de producción del cuerpo y de la subjetividad vigentes, para ver cómo esas técnicas están estrechamente vinculadas a diversos sistemas de representación. O dicho con otras palabras, analizar cómo se ha ido transformando a lo largo de la historia la relación entre cuerpo, poder y verdad.

A mediados del siglo XX empiezan a aparecer nuevas técnicas de construcción del cuerpo y de la subjetividad, que Paul B. Preciado denomina «fármaco-pornográficas» o «neoliberales», y que van a establecer distintos tipos de relaciones (tanto conflictivas como simbióticas) con las antiguas técnicas soberanas ligadas al poder del rey sobre la muerte; técnicas disciplinarias o biopolíticas, ligadas al mantenimiento de la vida y las ficciones políticas unidas a ellas.

Para Preciado el cuerpo no es naturaleza sino somateca, un archivo de lenguajes y técnicas, un lugar en el que se producen conflictos somatopolíticos intensísimos, lo que hace que sea prácticamente imposible que pueda existir un cuerpo plenamente sano y feliz, un cuerpo que realmente funcione como un

todo homogéneo y sin fisuras. Será entonces la noción de cuerpo la construcción de una ficción política que posee una curiosa doble cualidad: estar viva y ser un lugar de subjetivación.

En cierta medida, las luchas específicas de los movimientos transexuales y transgéneros ya tienen que ver con estas nuevas técnicas que generan dinámicas de opresión y dominación igual o más virulentas que las anteriores. Porque sabemos que las técnicas de producción de poder y las técnicas de producción de verdad son inseparables, y en su proceso de trasformación histórica han ido forjando diferentes figuras somatopolíticas.

Es sobre este cuerpo fragmentado, convertido en somateca, sobre el que el capitalismo neoliberal actúa.

VII

La homosexualidad como identidad comienza a aparecer bajo el capitalismo industrial y su sistema de trabajo libre; surge en la modernidad, en el paso de una economía familiar, como lugar de la producción, socialización y reproducción, a una economía capitalista plenamente desarrollada, donde la familia nuclear es desposeída de su capacidad productiva mediante la invasión del capital en cada vez más territorios y áreas económicas que le eran propias, desde la alimentación al vestido y la producción de objetos que sustituyen, en alguna medida, las labores domésticas propias de hombres y mujeres. El trabajo asalariado crea las condiciones materiales para la aparición de personas susceptibles de vivir su vida fuera de la familia, el nuevo hogar es la fábrica y la familia tomó un nuevo significado como una unidad afectiva, una institución que producía no bienes sino satisfacción emocional y felicidad.

La familia se convirtió en el escenario de la «vida personal», tajantemente distinguida y desconectada del mundo público y el mundo de la producción. A medida que se difundió el trabajo asalariado, y la producción se socializó, fue posible liberar a la sexualidad del «imperativo» de la procreación. Ha sido el desarrollo histórico del capitalismo -más específicamente su sistema de trabajo libre- el que ha permitido que gran número de mujeres y hombres a finales del siglo veinte se autoproclamen homosexuales y lesbianas, que se perciban como parte de una comunidad de hombres y mujeres similares, que se organicen políticamente sobre la base de esa identidad.

Es en esta nueva realidad de recreación de la familia, cuando la familia nuclear se reduce en sus miembros a la vez que posibilita la independencia de

estos, que ya no estarán unidos por las necesidades de la producción sino fundamentalmente por lazos afectivos. Los hijos no son ya una fuerza de trabajo en el seno familiar sino que lo serán para el capital. El espacio doméstico se transforma en un espacio femenino de reclusión, edulcorado por la concepción del amor romántico, y destinado a la armonización y jerarquización de los afectos, al cuidado de la reproducción de la fuerza de trabajo, donde el trabajo de la mujer no es remunerado y, por tanto, se hace invisible. Es en esta nueva redefinición de familia como espacio interior donde se fortalecen y consolidan los roles de la masculinidad y la feminidad, y será desde este topo-tropo donde el individuo solo emerja para satisfacer sus propios afectos.

El capitalismo posibilitó la construcción de la identidad homosexual, a la vez que la trata como un hijo bastardo, que ha ido adquiriendo visibilidad en la cultura capitalista creando sus propias subculturas, y sobre la que se ha trabajado para intentar fijarla por medio de la confluencia de las reivindicaciones normalizadoras del propio movimiento, limitando la lucha a la igualdad de derechos. Esta normalización de la identidad gay ha posibilitado aparecer con calidades cuantitativas considerables como para que el capital fije sus ojos en esta identidad reinventando la figura del homosexual e intentando codificarla.

Foucault estaba hablando sobre las consecuencias de esta construcción identitaria cuando sugería que si «la identidad llega a ser el problema mayor de la existencia sexual, si las gentes piensan que deben 'desvelar' su 'identidad propia' y que esta identidad debe llegar a ser la ley, el principio, el código de su existencia, si la cuestión que perpetuamente plantean es: '¿Esto es acorde con mi identidad?', entonces pienso que retornarán a una especie de ética muy próxima a la de la virilidad heterosexual tradicional».

Este nuevo cuerpo surgido de la familia nuclear y proyectado sobre los afectos y deseos nos introduce en un mundo de fantasmagorías, virtualidades e imaginación sobre las que el sistema neoliberal somatopornográfico trabaja.

El cuerpo, entendido como somateca, es un cuerpo objetualizado y fragmentado, donde cada uno de sus fragmentos se convierte en objeto susceptible de intervención exterior, de creación de objetos protésicos que abarcan un sinfín de técnicas médicas, estéticas, deportivas, de género… creando sobre ellas lugares de deseo que actúan construyendo simulacros que conforman un cuerpo imaginado, virtual, un fantasma sobre el que proyectar el deseo y también el consumo. Será desde y para este cuerpo proyectado mediante la construcción de simulacros donde el mercado actúa, fortalecido por el capitalismo posmoderno que ya no se extiende y reproduce solo desde el lugar de producción del

objeto sino desde aquel en el que se produce y difunde su imagen. Como señala Žižek, «la verdad debe encontrarse en las apariencias».

Sobre este cuerpo, ahora llamado gay (acrónimo de *Good As You*, «tan bueno como tú», término con el que se señala que la reivindicación se sitúa en los límites de la normalización con un otro heterosexual al que parece no cuestionar), sobre esta imagen de lo gay se construye el homosexual masculino, fuerte, independiente y a la vez sensible, como un nuevo héroe en lucha por sus derechos y, sobre todo, por el derecho supremo al consumo. El cuerpo de este hombre musculado y perfumado describe una identidad sumamente excluyente basada en patrones de raza, apariencia física, edad y, sobre todo, nivel socioeconómico, por el que pugna el capital en alianza con los medios de comunicación de masas.

La democracia es una «utopía de la modernidad eurocéntrica» que en términos biopolíticos se puede definir como el «arte de gobernar los cuerpos libres». Para ello se crean técnicas de poder extremadamente elaboradas, pues ya no son técnicas de muerte, sino de gestión y control de la vida. Técnicas con las que se intenta poner a las poblaciones al servicio de la producción económica y de la acumulación de capital.

VIII

Allí, bajo el escenario de madera y traviesas de hierro, bullía la vida en un ir y venir de risas y aspavientos cuando íbamos viendo transformarse el dogma de agitadores marxistas leninistas en espectáculo de agitación carnavalesca, en esa algarabía de lentejuelas, velos, paquetones, tetas postizas, pelucas imposibles, medias con carreras, ropas sin fin preparadas para la ocasión… Labios pintados, bigotes postizos, gorilas de peluche donde se escondía un hombre cantando al amor... Géneros trastocados, el desmadre de un cabaré sin cueros ni encueros y un poco *queer*, al que el público recibía alborozado al grito de «¡Cutre! ¡Cutre! ¡Cutre!».

Era 1986 cuando en el Cutre Chou un grupo de amigos, militantes del Movimiento Comunista, se subió al escenario en una feria del Corpus granaino para desacralizar el cuerpo y apostatar de sus dogmas. El Cutre me colocó en un lugar otro, el solo hecho de presentar el espectáculo me permitía transitar por identidades que entonces pensaba como hiperbólicas, darle vida en mí a la Manolita, a la Negra, a la travesti del Zeluán, resituar la pintura de abéñula que cuando niño me ponía en los ojos, encerrado en el cuarto de baño de la casa

de mis padres, con más celo aún que cuando me hacía unas pajas infantiles. Descerrejar mi cuerpo cerrado para transitar de lo masculino a lo femenino, desposeyéndome de su sello, destatuarme del rol impreso, actuar, mostrarme desde otro límite… Y lo mejor no era arte o lo peor no sabía que era arte.

Empecé a saber para qué era el arte ocho años después, 1994, en una fiesta en Mollá (Barcelona), como regalo para mi amigo Miquel Bargalló por su cuarenta aniversario; compartiéndolo con otras amigas de Norte a Sur realicé la acción *Tengo tiempo*, una acción entre el Cutre y la experiencia vital que me supuso mi conocimiento personal del artista James Lee Byars, un nombrador. La acción fue una especie de ritual iniciático marcado por el sucesivo desprendimiento de multitud de ropas que llevaba puestas: ropas en desuso, ropas de todos los días, ropas regaladas por otros, ropas que señalaban distintas situaciones de mi vida; una tras otra iban cayendo al suelo como piel de serpiente hasta quedarme desnudo cubriéndome con una sábana que ponía «Tengo tiempo», dos palabras con las que me abría al pasado que fui y al futuro que seré mediante la acción. Pasado y futuro invocados por el presente: Tengo. El cuerpo desnudo como cuerpo dispuesto a seguir transformándose desde la verdad de mi individualidad que trabaja en precario por renombrarse, no en el sexo que es separación sino en la multiplicidad que nos aleja del concepto unitario del uno que al imponer su verdad genera violencia.

Este cuerpo ocupado en disolver la opresión del uno, deseante de escabullirse del cuerpo inscrito en el coercitivo sistema binario 1+1. Este cuerpo, que huye de la violencia de la reasignación de género, tendrá que aprender a buscar alejándose del cuerpo patologizado por la norma, dispuesto a experimentar desde el conocimiento y la lucha para desprenderse de la masculinidad otorgada por el rito. Cuerpo abierto a lo trans como un cuerpo móvil, capaz de liberarnos de la aflicción del rol que nos camufla violentándonos; cuerpo trans revelado y rebelado como un dispositivo de disolución, como cuerpo en tránsito; cuerpo descivilizado que habla desde las minorías superpobladas, repletas de individuos con cuerpos disfuncionales según la norma que excluye a los cuerpos que exceden al binarismo; cuerpo múltiple desde posiciones no solo de sexo y género sino también desde una concepción de discapacidad; cuerpos tullidos disnormativos situados a millones en los márgenes, cuerpos en pobreza expulsados del sistema neoliberal de consumo, cuerpos sin renta, cuerpos no rentables, cuerpos vivos en la acción.

~
Texto escrito en 2012 que constituye la acción oral del mismo nombre realizada en el marco del proyecto de Pedro G. Romero *Archivo F.X.: De economía cero: Intercambios*, Museo Picasso, Barcelona.
http://www.bcn.cat/museupicasso/es/expo¬siciones/archivo-fx.html#tab14

La acción es realizada unos meses más tarde en el Centro Cultural de España en Ciudad de México, con el fragmento del texto que hace referencia a México ampliado. Se publica dicho texto.

ACAECIÓ EN GRANADA

~

Granada

La perfección se aleja de la ciudad amada, sentir su corazón parece más un sueño, una idea difusa que se evade en medio de la impotencia que conlleva la búsqueda de lo perfecto.

Habitado por la historia el paraíso huye de la realidad a través del tiempo constructor del espacio.

Somos habitantes de una ciudad nacida de otra cultura, desterrada a golpe de sumisión y sufrimiento. Sin embargo, en la ciudad persiste su recuerdo en las sublimes construcciones realizadas por los que cruzaron el Estrecho.

Granada es un corazón árabe deshabitado al que nunca hemos amado bastante, porque fue llamado extraño y enemigo por el nuevo orden nacido tras la expulsión. Quien hizo la ciudad no vive en ella. No somos sus herederos. Solo constructores de olvido. Destructores.

Catálogo *Intervenciones*, proyecto *Plus Ultra*, 1992

Acaeció en Granada. El agujero negro de la esfera escondía la obra. Byars (1932-1997) construyó el vacío de una esfera. La inmaterialidad del objeto. Nada.

De niño oí una vez que todas las voces pronunciadas a través de los tiempos estaban suspendidas en el espacio y que en un otro tiempo, quizás, pudieran oírse. El espacio sería el vacío de una Babel confusa donde el dorado resplandor de las estrellas estaría rodeado por el rumor de las voces. Mi relación con Byars estuvo acompañada de un silencio lleno de gestos y algunas palabras que siempre me produjeron cercanía.

Os voy a contar la historia de *La esfera dorada*.

No debo alargarme mucho sobre su gestación.

En 1991 recibimos BNV y Mar Villaespesa el encargo, por mediación de Juan Cañavate, de realizar el proyecto de arte contemporáneo para el Pabellón de Andalucía de la Expo´92. Mar, Joaquín Vázquez y yo habíamos trabajado juntos por vez primera en *El Sueño Imperativo*. Esa experiencia supuso para todos nosotros un aprendizaje de los caminos distintos que el arte podía desarrollar fuera de lo exclusivamente retiniano y emotivo. Mar era ya conocida por sus trabajos en la

crítica y su relación con los nuevos movimientos que se producían en Andalucía, colaborando, a través de las revistas *Figura y Arena* y otras prácticas, con artistas como Espaliú, Agredano, Federico Guzmán, Paneque o Pedro G. Romero. Por otro lado, Joaquín y yo habíamos emprendido un nuevo camino creando BNV en 1988; intentábamos con ello remezclar lo que había sido nuestra experiencia en el Movimiento Comunista (MC) con lo que entonces era solo la intuición de que el arte podía ser también un lenguaje de transformación y conocimiento del mundo, atisbando que su función es revelar la realidad que se esconde y la que es visible, una especie de suprapercepción que se aleja de la realidad y que por ello puede transformarla.

La Expo de Sevilla no era para todos nosotros un motivo de celebración, no había nada que celebrar en ese año del 92 donde se conmemoraba el 500 aniversario del viaje de Colón y el llamado descubrimiento de América, una tierra ya entonces habitada por culturas diversas y a la que los indios cuna de Panamá llamaban ABYA-YALA.

Aceptamos la invitación con la condición de que se celebrara fuera del espacio de celebración, la Isla de la Cartuja de Sevilla, y que el territorio de realización fueran las ocho provincias de Andalucía. También porque era la oportunidad de continuar el trabajo común que había significado la experiencia de *El sueño imperativo* y expresar por medio del proyecto otras preocupaciones sobre el lenguaje del arte, su imbricación con lo político y su capacidad de construir espacios y discursos antagónicos con el espacio oficial que ocupaba en España, en su totalidad, una feria del mercado del arte: ARCO.

Hoy que conocemos la violencia con la que fueron tratados por el gobierno del PSOE aquellos otros grupos que expresaron su radical contestación a la celebración, como muestra el documental *Prohibido volar, disparan al aire*, realizado en 1997 por Julio Sánchez Veiga y Mariano Agudo Blanco, me queda un cierto desasosiego de si nuestra postura hubiera sido otra de conocer en aquel momento los graves sucesos que tuvieron lugar y sobre los que calló el silencio vergonzoso de los medios de comunicación.

Recuerdo la tarde en que fui a recoger a Byars al aeropuerto de Granada, era el otoño de 1991, iba acompañado por un amigo que sabía algo de inglés. Yo apenas conocía su obra, había ojeado el dossier que Mar había confeccionado con textos sobre él, conocía su imagen extraña y lo reconocimos de inmediato cuando entramos en la sala de recogida de equipajes, allí estaba, un cuerpo grande vestido de un negro profundo y aurático, con un pañuelo negro de seda en la cabeza que prácticamente le tapaba los ojos, y sobre él un sombrero de ala

ancha y alta corona ligeramente abombada. Nos acercamos, nos presentamos y nos saludó con una sonrisa que hacía brillar sus ojos. Pronto se desvaneció en mí la preocupación por cómo sería el encuentro, enseguida me pareció cercano, alejado de la excentricidad tantas veces unida a una idea asocial de la vida. Subimos al Lada soviético que por entonces era mi coche y partimos para Granada. En el camino nos preguntó por ese paisaje deslumbrante de los alineados chopos del otoño en la Vega, y a tropezones fuimos contándole algo de la ciudad que iba a conocer, de los planes de su visita en la que se trataría de que decidiera qué iba a hacer para el proyecto, con qué materiales construiría su obra y cuál sería el lugar de exhibición.

El proyecto para el Pabellón de Andalucía tomó el nombre de *Plus Ultra*, una relectura del lema imperial que refería al desafío que para nosotros suponía experimentar con formatos y lenguajes que transformaran las exposiciones «al uso» y los modos de producción de las mismas. *Plus Ultra* era un conjunto de intervenciones de artistas internacionales y españoles en espacios culturales monumentales, entonces no muy conocidos, y que habían tenido una cierta conexión con la colonización; espacios a descubrir y releer por medio del lenguaje creado por los artistas invitados, en interlocución con Mar Villaespesa y el equipo de producción formado para llevar adelante el proyecto, constituido por Alicia Pinteño, Beatriz Poncela, Simeón Saiz, Esther Regueira, Joaquín y yo mismo; todos amparados bajo las siglas de BNV, con la colaboración logística de Marino Martín y la dirección técnica de Juan Fernando Vázquez. Junto a las intervenciones se realizaron tres exposiciones más: *El artista y la ciudad, Américas y Tierra de nadie.*

A Byars se le había propuesto trabajar en Granada, la metodología del encuentro con la ciudad consistía en acercarle al conocimiento del proyecto total, visitar diversos espacios monumentales de la ciudad y darle a conocer posibles materiales con los que podría construir su obra. Para Byars el lugar, aunque no siempre, proporcionaba la materialidad de la que surge la obra, como algo que emerge de la propia geología transcendiéndola. Recuerdo que habíamos hecho previamente una relación de materiales para mostrarle: las areniscas de El Padul, la piedra de Sierra Elvira o los rosáceos mármoles de la Sierra de Loja, pero era verdad también que dudábamos de que alguno de ellos fuera elegido. ¿Qué más entonces podríamos ofrecer a alguien que habita en la perfección como un presente efímero, instante en dilución, señal de muerte?

Cuando llegamos al Hotel Guadalupe, en el recinto de la Alhambra, Byars nos pidió que nos quedáramos con él, subió a su habitación y bajó enseguida, nos sentamos y pedimos una botella de vino mientras lo oíamos contar diversas

experiencias que nos iban transportando a un mundo de signos nuevos. La conversación continuó en otros sitios, y ya de noche, en un paseo por el bosque de la Alhambra, mostraba su interés por la ciudad que visitaba y algunas historias acontecidas en ella. Tras varias horas nos dejó y bajamos la colina atravesados por la irradiación de su mundo. *A perfect moment*.

Al día siguiente, ya con Mar y el crítico de arte Kevin Power, comenzamos la travesía de días por distintos espacios de la ciudad, visitamos numerosos lugares pero recuerdo su presencia en El Bañuelo, el Palacio Dar-Al-Horra y la Alhambra.

Dar-Al-Horra, situado en el barrio del Albayzin, en el Callejón del Agua, es un palacio nazarí construido en el siglo XV, sobre un palacio zirí del siglo XI, que en árabe significa Casa de la Señora, y en él habitó Aixa, madre de Boabdil.

Byars quedó prendado del lugar y nos propuso hacer otro día una acción en la que invitaríamos, ese era su deseo, a amigos artistas. El día previsto fui a recogerlo, salió del hotel vestido con el traje dorado, que según nos contó fue un regalo de la Ópera China de Beijing. Lo utilizaba en numerosas de sus acciones. Se subió al coche vestido de ese fulgor. Camino del lugar, abrió una guía de Granada y me preguntó: «¿qué significa Santa María de la O?». Entonces yo, que no conocía bien que se estaba refiriendo a la Iglesia que se construyó en Granada en 1501 sobre la demolición de la Mezquita Aljama, conocida hoy por la Iglesia del Sagrario, le contesté como pude: «es un nombre que debe de venir de esa Virgen, lo que sé es que hay una canción llamada María de la O y comencé a cantarle, "María de la O, qué desgraciaita gitana tú eres teniéndolo to…"» y dos o tres versos más… me miró con expectación y cierto asombro, y me pidió volver a canturrear la canción; así llegamos al Carril de la Lona donde fuera de la vista de la gente aparqué, y con él con los ojos medio cubiertos por un pañuelo negro nos encaminamos a Dar-al-Horra. Unas veinte personas nos esperaban, todas conocidas. Byars apareció bajo el arco del pequeño salón, tras el pórtico de tres arcos, con la cara totalmente cubierta por el pañuelo y el sombrero de copa negros, como si el traje dorado fuera sin cuerpo. Mar también de negro, delante de él, ritualizada, repartía a los presentes unos círculos de papel dorado, pequeños como monedas, en los que estaba inscrita una espiral, signo de lo infinito, y que a su vez referenciaba al número nueve, mágico y eterno. Las monedas eran una invitación a todos los poetas y pensadores para asistir a Documenta IX. Tras el acto desapareció. Como en muchas de sus *performances* fue un instante efímero vivido en el espacio árabe al que un nuevo sentido añadía.

Cuando al otro día llegamos al Carlos V le explicamos la génesis del más bello palacio del Renacimiento, edificado para gloria del emperador. Sello de piedra

sobre la piedra destruida. Un círculo, espacio de poder inhabitado, guardado por columnas dentro del cuadrado. Construido con los impuestos cobrados a los moriscos como pago para impedir su expulsión, llevada a cabo en 1609, siendo los libros plúmbeos testigos del último intento de la desesperación musulmana para evadir su inminente expulsión, libros circulares escritos como himnos ocultos sobre el plomo indestructible.

En aquel sitio me dijo: «ponte en el centro. Canta María de la O. Solo María de la O». Así lo hice no sin cierta vergüenza, lo canté una vez y él dijo *more* y volví a decirlo varias veces, volvió a repetir *more*, *more* y abandonado a su deseo canté repitiendo una y otra vez el nombre de María de la O, gozando del momento mientras las palabras cantadas llenaban el círculo y la gente que visitaba el palacio permanecía en el límite de las columnas tañidas por la voz.

Recorrimos la Alhambra, visitando las torres, salones y patios, cuando entramos en el de los Leones y llegamos a la Sala de Dos Hermanas se quedó un rato mirando la cúpula de mocárabes construida a partir de una estrella central desarrollada mediante el teorema de Pitágoras. La estrella de cinco puntas era para él la representación del hombre, un hombre poliédrico llegado a ser esfera. El espacio sencillo y perfecto de la aparición y la desaparición, vida circulante y frágil, llena de preguntas abiertas frente a la respuesta que es una y cerrada, fin y muerte.

Preguntó: «¿de qué material está hecha?»; le respondimos: «yeserías de escayola», y se quedó pensando.

Los días que estuvimos con él están como ausentes del tiempo, recorridos por formas que aparecen en el instante para la diversión y la transcendencia, como cuando cogía en un bar una servilleta y la apretaba en su mano y nos la devolvía como regalo esférico nombrándola: *IS*. Nombrar es crear, accionar la vida en el impulso del cambio que existe por la pregunta. Espiral interrogante abierta al infinito. La pregunta es el espacio vacío, abierto a todo, del que la respuesta es la materialidad limitada de la certeza.

Pensábamos que una vez partiera, desde donde estuviera, nos haría la propuesta de su obra para Granada. Pero ese tiempo desapareció, al día siguiente de la visita a la Alhambra llegó la idea: una esfera de tres metros de diámetro, dorada con pan de oro sobre la escayola de un grosor de 10 cm, que en su interior debería guardar el vacío de la esfera. La esfera dorada pensada debería ser colocada en el centro del círculo que conforma el patio del Carlos V. Cuadrado. Círculo. Esfera.

Los días siguientes nos propusimos resolver, junto a él, todo lo relativo a su producción; eran aún tiempos del boca a boca, llamada a llamada, fax a fax, modos

de hacer también efímeros y desprovistos aún de la aceleración que anima la llama de nuestra propia combustión. La escayola era la solidez de lo débil, yeso, polvo molido, eterno como el oro, protegiendo el espacio desocupado de su interior.

Maestros de escayola, doradores, técnicos… Llegamos a ellos fácilmente impulsados por el *showman*, tocados por el chamán, por el que se muestra y el que ve. Visitamos los talleres del maestro escayolista Francisco Martín Fernández y el maestro dorador Antonio López Marín. Byars conoció sus técnicas, contempló sus trabajos, vio que los artesanos estaban decididos al reto de lo que nunca habían hecho, así nos lo expresaron; quedamos con ellos en que nos enviarían presupuestos acerca de los costes y el tiempo del trabajo.

Juan Fernando Vázquez, ingeniero de caminos, especialista en cálculo de estructuras, nos asesoró como tantas veces y preparó los planos y estudios técnicos que íbamos a enviar al Patronato de la Alhambra para que dieran la autorización para llevar adelante el proyecto. Por entonces habíamos tenido varias reuniones con Mateo Revilla, director del Patronato, a quien conocíamos y respetábamos y en quien creíamos tener un aliado. Las reuniones, yendo en cierta forma bien, no nos quitaban el resquemor de que todo no estaba con nosotros; teníamos la sensación de que quien maneja ya bien la diplomacia de palacio va dejando transcurrir el lento tiempo… hasta el momento en que le llegó a Juan Cañavate una carta en la que Mateo informa de los acuerdos de la reunión del Patronato: comunican al Pabellón de Andalucía la desautorización para llevar adelante el proyecto en el Carlos V, bajo la argumentación, nunca explicada, de un insuficiente estudio técnico. Según contó *El País*, «el Patronato del monumento denegó su permiso al considerar que la idea solo estaba dirigida a utilizar la Alhambra para promocionar la figura de Byars». Días después tuve la oportunidad de fotografiar el patio del palacio con el suelo lleno de hierros y paneles troceados por doquier tras uno de los espectáculos del Festival de Música y Danza.

La esfera, expulsada del espacio imperial cristiano, condensaba los huecos abiertos de los mocárabes, ocupando la centralidad de un espacio desde el que preguntar sobre la idea de destrucción y construcción, a la vez que era apertura a un tiempo de reconocimiento de lo ausente y de la arquitectura imperial. El acto mágico de Byars de unir los opuestos se interrumpe, arrojado como el círculo plúmbeo nacido para evitar hacer eterno lo opuesto.

El Cuarto Real de Santo Domingo, palacio de Almanxarra, fue el lugar que primero pensamos como alternativa. Construido sobre el adarve de la muralla que rodeaba el barrio de El Realejo, palacio y fortaleza, es de los pocos testimonios de arquitectura residencial del siglo XIII en Granada. Desde un punto de

vista arquitectónico, fue el modelo que siguieron los palacios de La Alhambra, y otros como el Alcazar Genil. El Cuarto servía a los reyes musulmanes para recogerse en él los días del Ramadán. El palacio de Almanxarra, su nombre en árabe, comprado entonces recientemente por el Ayuntamiento, iba a empezar su restauración, y aunque lo visitamos no logramos convencer de que mediante la esfera podría ser visitado por los granadinos antes de comenzar las obras, que veinte años después aún no han finalizado.

Finalmente, y tras visitar otros espacios, nos propusieron el Palacio de los Córdova, actual Archivo de Granada. Edificado en la Placeta de las Descalzas hacia 1530, su historia es rica en avatares; con el tiempo fue albergue de fábricas, sociedades, almacenes de madera que a principios del pasado siglo se habían convertido en almacenes municipales. Derribado en 1919, para construir el hoy desaparecido teatro Gran Capitán, sus restos más preciados junto a sus espléndidos artesonados mozárabes fueron trasladados a la finca Villa María, en el camino de Pulianas. En 1960, bajo el auspicio del Ayuntamiento de Granada, para evitar que dichos restos fueran trasladados a Córdoba, se reconstruye en una finca situada al comienzo de la Cuesta del Chapiz por el arquitecto malagueño Álvarez de Toledo siguiendo los planos de Gómez Moreno.

Nos pareció que ese palacio itinerante, un espacio errante, desplazado como la esfera, situado frente a La Alhambra, se podría ofrecer a Byars. Y la esfera finalmente se ubicó en la explanada de la fachada del Palacio de los Córdova, visible desde los miradores de los diversos pabellones de La Alhambra, introducida en ella por la mirada.

Byars desde su marcha continuó en contacto a través de la correspondencia con Mar. Sus cartas y postales fueron fruto de su relación con las caligrafías orientales y las ceremonias de doblar y envolver papel; escribió a cientos a lo largo de su vida, eran a la vez expresión de lo efímero y una extensión de él mismo. Reflejaban sus costumbres y pensamientos a través del estricto uso en la selección de colores y formas. Cuentan que casi día a día, antes del amanecer se levantaba y comenzaba a escribirlas con una caligrafía propia, a veces ininteligible, confusas en su sintaxis, llenas de estrellas que aparecían sobre las letras, intercalando entre renglones otros renglones con distinto mensaje o pensamiento. Con frecuencia contenían peticiones extravagantes, también referencias a *performances* programadas. A menudo incorporaban textos que contenían información práctica, instrucciones, peticiones o expresiones sinceramente efusivas. Algunas debían ser leídas como poesía o regalo suave y sensual, una ofrenda para compartir con el deleite que produjo para él escribirlas en la distancia. Otras debían ser leídas

como un reto o una pregunta, a veces tenían instrucciones extrañas que sugerían un compromiso más allá de la lectura.

Las cartas a Mar eran todo eso, sobres negros escritos con letras doradas que en su interior contenían postales desde la ciudad en la que en ese instante vivía. Las cartas fue el medio por el cual nos enteramos de lo que había pensado para el momento de la inauguración.

En la primera, una postal con la imagen de las pirámides de Gizeh y mandada desde Grecia, me nombra como María de la O, feminizando la forma de llamarme o desproveyéndome de todo significado de género al llamar puro el nombre de la O:

> Me gustaría encontrar a los estudiantes alrededor de la gran esfera para añadir significado e interés. Espero grandes sonidos de María de la O y dile que cante a menudo por favor. Feliz Pascua.

Y en renglones intercalados con los exteriores dice:

> Mar amo lo puro de María de la O. Para las reuniones de los estudiantes ¿está disponible Lao Tsé en español y los haikus de Basho? Parecen ser lo apropiado, escrituras simples y profundas para añadir a la esfera, dime si es fácil conseguir en Granada.

En una segunda postal, enviada desde Nueva York, en la que se ve el busto Beatriz de Aragón en mármol blanco, de Francesco Laurana, de la Frick Collection, escribe:

> Dentro de la esfera he decidido que el ruido venga desde su interior. Deseo que se transforme en 100. En el círculo la esfera debe encontrarse.

Y de nuevo intercalado este otro texto

> Puede que María de la O sea la que cante en la esfera, encontremos los dos un momento perfecto, gracias por el fantástico y sensible ensayo.

La propuesta de James Lee Byars para Granada era como el haiku de Matsuo Basho:

> No sigo el camino de los antiguos, busco lo que ellos buscaron. Sencillamente lo que sucede en un lugar y en un momento dado.

La producción estaba en marcha, los presupuestos para hacerla entraban en lo que preveíamos, la esfera comenzaba a rodar hacia su centro.

Los plazos de construcción se fueron sucediendo y llegó el momento de construirla in situ. Los escayolistas parecían felices el día que llegaron a los Córdova para terminar de construir la esfera al aire libre. Realizada sobre un círculo-anillo de madera de pino de 90 cm de diámetro, de 9 cm de altura en su exterior y 5 en su interior, con el que se repartía el peso de la esfera a la vez que le dotaba de cierta sensación de ingravidez al estar el anillo fuera de vista.

La blanca superficie era alisada por la plana, los espartos y demás utensilios utilizados le daban una pátina marmórea de un blanco luminoso. Dentro y fuera, lo cóncavo y lo convexo adquirían su curva perfección uniendo materialidad y vacío. Cuando nos planteamos dorarla nadie había previsto que el más leve viento impediría fijar las pequeñas y cuadradas láminas de oro, pues ellas tenían que ser trabajadas a la intemperie. Marino Martín, con quien años antes junto a Juan Antonio Peinado habíamos creado el Planta Baja, planteó construir un andamiaje recubierto por una lona translúcida de 5 x 5 x 5 m que cobijara a la esfera durante el proceso de dorado, y así se hizo. La esfera comenzó a abandonar el blanco para tomar el rojo inglés sobre el que se colocaría la cola transparente a la que se fijarían uno a uno los cuadrados de pan de oro. Esfera blanca. Esfera roja. Esfera dorada. Cada una evocando su propia fuerza. Trinidad del uno. Un misterio fácil.

Cuando finalmente estuvo terminada volvió a venirme a la cabeza si esa sería la esfera que Byars quería, una infinita red de cuadrados dorados convertidos en esfera, láminas que fijadas al pincel del maestro devolvían potenciados los rayos del sol hacia La Alhambra desde donde era vista, potente como si fuera su propia prolongación.

La expulsión abría su visión, no solo a distancias y alturas no contempladas, sino que, desaparecida del espacio elegido, aparecía con la luz solar a todas horas a la vera del Darro, el río de oro escondido a la ciudad a principios del siglo XX, añadiendo significado a su propia esencia y reflejando la continuada torpeza de la destrucción granadina, ayer ciudad derribada, hoy Vega construida. Negocio de la ruina del torpe mercader.

Cuando Byars vino a Granada por segunda vez la esfera estaba en su lugar. Nos fuimos acercando a él por la Carrera del Darro y el Paseo de los Tristes, camino ajeno al tiempo detenido en una mirada elevada y oblicua capaz de trascender los siglos que han transcurrido desde la expulsión de la Granada Nasrí. Si yo caminaba nervioso esperando el momento de verla, intranquilo por la devolu-

ción de la idea recibida, él junto a Mar y Marino caminaba con la misma sonrisa con la que siempre se me aparece, y su alegría me añadía incertidumbre.

Llegamos y atravesamos lentamente el jardín. En la explanada, junto a la fachada, con el fondo verde del bosque que lleva a la Fuente del Avellano, desde la altura protegida por los miradores de La Alhambra, dueño del espacio, como una aparición de lo perfecto estaba el disco dorado, la esfera con el sol en su centro reflejando los rayos, potente y cegadora provocando en su interminable fulgor la oscuridad del agujero negro que la habitaba. Un lugar de la nada donde el mundo se interrumpe, las certezas se suspenden y abren preguntas que de nuevo podrán traernos por un tiempo luz, tiempo contra tiempo, espacio contra espacio para volver a aprehender. Fisión.

Byars se manifestó contento y feliz ante la visión de la obra. *The great sphere* era un sol que lo enciende todo y nada consume.

Junto a la esfera estaba la cartela:

> James Lee Byars
> *La esfera dorada*. Granada.
>
> La esfera de oro de tres metros de diámetro, creada específicamente para Granada, representa metafóricamente la idea de la perfección y el idealismo a través de una forma pura asociada a dichos conceptos desde la antigüedad. Además de expresar un lenguaje abstracto, incorpora elementos de la cultura del lugar.

Le recuerdo esos días cuando caminábamos por las partes altas de la muralla del Sacromonte, que como un meridiano cruza de abajo arriba la curvatura del Cerro de San Miguel dividiéndolo en dos. Entre las cuevas andando, casi flotando sobre las casas, hablábamos de la historia de la ciudad, recogíamos fragmentos de cerámica árabe que a cada paso encontrábamos esparcidos por el suelo, e iba explicándole lo que eran las cuevas, que a esa altura del monte eran cavernas deshabitadas, casi destruidas, con apenas restos de cal, y empezó a hablarme de este sitio como un espacio donde su obra, que cedería, podía ser expuesta.

El 11 de octubre de 1992 por la mañana se hicieron las pruebas para introducirme en la esfera, todo quedó preparado, las fotos de Miquel Bargalló recogieron ese momento como todos aquellos otros que la documentaron.

La esfera dorada iba a ser accionada introduciéndome en su interior antes de que el público llegara; entré en ella por un círculo abierto en su parte superior, mediante una grúa de la que colgaba una eslinga doblada sobre la que me situé para entrar de pie al fondo de ella. Había estado preparándome para habitar ese espacio esférico y llevaba conmigo una pequeña mochila a mi espalda donde guardaba algunos objetos de amigos, libros y una manzana por si tenía que comer algo durante las aproximadas dos horas que iba a estar allí habitando un espacio no habitado antes. Descendí al fondo, imposible sentarse en lo convexo, todo era curva en aquel espacio blanco, un lugar incómodo y mágico donde solo situándose de pie en su centro podías esperar el paso del tiempo hasta el momento del canto, María de la O estaba allí mirando la O que en lo alto se abría como un orificio inalcanzable de conexión a lo exterior, pensé en la lámpara de Aladino cuando cae por el tobogán de su interior y penetré en un lugar que me trasciende olvidando todo para pronunciar la O, su nombre.

Oía el murmullo de la gente que llegaba hasta que de pronto, en el exterior, la voz de Mar recitaba a Lao Tsé, al final del poema tenía que comenzar a cantar, ya era ese instante y sonó por vez primera María de la O, lo volví a cantar, María de la O, María de la O una y otra vez, solo María de la O. Al tiempo comencé a sentir físicamente, más allá del oído, el sonido, cómo la esfera se llenaba de él y después lentamente lo expulsaba por el orificio abierto arriba llevándolo al exterior, sintiendo por todo mi cuerpo como una espesura que me acariciaba y salía fuera tal y como se respira, inspiración y expiración, lleno y vacío. Un circuito continuo de vida y muerte constituyendo el vivir. Una voz cierta oída por la gente convocada que se preguntaba de dónde venía.

Cuando el público abandonó el jardín y se introdujo en el palacio, la grúa volvió a rescatarme de la cápsula, Byars estaba esperándome y me abrazó, así lo recuerdo, no más palabras solo el abrazo.

Aquella misma noche nos despedimos, volvíamos todo el grupo de producción a abrir la coordenada del último proyecto de *Plus Ultra* que el colectivo Agencia de Viaje había desarrollado: *Cápsula de tiempo Córdoba*.

Cuando de madrugada llegamos a la casa de Joaquín en Cristo del Buen Viaje caí en la cama rendido, balbuceante y sin poder dormir comencé a hablar sin freno de lo que había sucedido, Juan Carlos era quien oía aquellas palabras bullendo sin cesar, llevándome de un sitio a otro, del pensamiento a la fascinación, de lo real a lo irreal, como un delirio de fiebre que me extasiaba sin poder controlar las palabras que autónomas y sin dirección prevista pronunciaba, y que como si provinieran de un lugar ajeno me traían un placer desconocido. No recuerdo

el tiempo que duraron, pero el día siguiente se abrió al fin y ya, justa es mi memoria, no quedaba recuerdo de lo dicho, solo y bastante el rastro de su paso, la conmoción de la acción, la huella móvil de Byars, su transferencia.

De un sitio a otro, atravesar, trans pero a la vez subir, ir más allá, más allá de la referencia, pasar a otro ámbito superando su clausura, su límite, no dejar de conocer sino desde él crear un espacio de pregunta, un lugar cualquiera en la intemperie que se abre inestable en lo sabido, hacer tuya la transcendencia.

Cualquier pliego de papel lo convertía Byars con su mano en una esfera y la reconocía nombrando *IS*, y al repetirlo era ISIS, diosa egipcia, para en el siguiente instante mostrarnos los calzoncillos de tela rosa estampada ¿de corazoncitos?, ¿de lunares?, en un sitio público, en la trastienda de un bar. De la risa a la inquietud todo en un uno lleno de varios.

La acción transcendente no es un lugar ajeno al conocimiento, ni desprovisto de él, sino todo lo contrario, es la acción propia del conocimiento que se sitúa en su límite para intentar superarlo; crear es abrir la potencia de nuevas combinatorias difusas, una realidad de apertura que recoge y redistribuye lo sabido para generar una nueva ecuación que actúa en lo real modificándolo. Entre la aparición y la desaparición sucede la impresión, un cúmulo de imágenes que abren lo imaginario creando potencia, una congelación dinámica donde irrumpen nuevas posibilidades de conocimiento abriendo la imagen. La transcendencia es acción. Pasar de dentro afuera. Las cosas que han de llegar. Aventura.

Como el heyoka que emplea su disfraz para llamar la atención, hacer reír o asustar y sorprender; un payaso sagrado que utiliza toda clase de ropas para poder accionar y decir lo innombrable. Como el heyoka que las utiliza para situarse en un lugar ajeno desde el que interrogar riendo, desde el extrañamiento de su propia cultura, la contingencia y la arbitrariedad del orden social. Como el heyoka situado en lo sacrílego donde puede ser entendido como fuera de lugar para así interpelar la norma, el ritual performativo que conforma la costumbre de lo permisible. Así reaparecí tras los días de aprendizaje construyendo la esfera. Entendí, aún más profundamente, que todo lo que es puede ser cuestionado, y comencé a mezclar la potencia del signo con su negación: andar y desandar, borrar y escribir, la parodia del Cutre Chou, la acción política y yo mismo.

Como el heyoka y Byars el cherokee, indios antes de la destrucción que llegó sobre el payaso sagrado aniquilado y mercantilizado por el capital que nos busca para atraparnos en sus leyes y desterrar la risa que nos produce su destartalado mundo, danzo para abrir caminos de barbarie.

Como el heyoka Byars, transcendí del lugar y desnudé mi cuerpo en mi primera acción, *Tengo tiempo*, 1994, en Mollá como regalo a Miquel Bargalló por su cumpleaños. Ropas superpuestas que me identificaban cayendo una a una, mostrando desidentificación e identidad en un ritual para reír, pensar y producir el vacío de un cuerpo desnudo reinscribible; la minifalda de lentejuelas que era un top, el gorro de paja de mi infancia, la chilaba, los guantes hasta el hombro de color blanco, rojo, naranja, malva y la camisa de cuadros que bailó en los setenta mientras arrojaba panfletos; todo y más fue cayendo hasta llegar al cuerpo a cuerpo y en su interior el tiempo.

~

Había llegado el camión, un viejo Avia con la caja gris abollada por el uso entró en los jardines y se situó en la explanada junto a *La esfera dorada*. Marino se había encargado de prepararlo todo. Era el 8 de junio de 1994.

En los casi dos años que *La esfera dorada* había estado en el Palacio de los Córdova estuvimos haciendo gestiones para intentar que se quedara en Granada; no voy a nombrar los nombres de las instituciones locales y andaluzas ni los de las personas con las que estuvimos gestionando la posibilidad de su supervivencia, la hemeroteca da cuenta de ellos, no dejaré que entren en el texto; solo contar que una a una se fueron diluyendo al igual que el brillo de la esfera se agotaba por el descuido al que fue sometida; como una estrella que se apaga después de dar su energía y llenar de neutrinos el espacio celeste, la esfera, la helioesfera, la cosmogonía creada encontró el momento de su muerte. Byars nos lo pidió tras los repetidos informes que le enviamos acerca de la inutilidad de nuestras gestiones y el deterioro galopante al que estaba sometida. «Desaparecer», fueron sus instrucciones.

Y allí el camión atronaba dando marcha atrás atacándola en medio del humo y el olor a gasolina, la golpeó varias veces hasta derrumbarla; tres operarios contratados para tal fin la cargaron en el camión trozo a trozo, palada a palada. Recogí el fragmento más grande que quedó y algunos otros más pequeños para repartir a quienes la hicieron posible. Hoy el asteroide mayor me acompaña y guarda detrás del ordenador donde estoy escribiendo, recordándome que los fragmentos fueron arrojados al barranco de Víznar, la fosa de todo lo que es y fue en la ciudad de la Vega. Lo que había escrito para el catálogo de *Plus Ultra* se cumplió, la destrucción se apoderó de todo, pero no el olvido.

La energía que desplegó la obra de Byars se remezcla día a día creando nuevas ideas, lo inmortal es inmaterial, como aquella primera exposición de James Lee

Byars en casa de sus padres donde convocó a amigos, escritores, críticos… Allí sentado en una de las habitaciones estaba él después de haber quitado todos los muebles, las ventanas y puertas de la casa, allí sentado ajeno a todo. Sin nada más. Cubierto en la intemperie. En medio. Y después ya no estuvo.

~

Texto escrito en 2013 *In Memoriam* de James Lee Byars y su relación con la ciudad de Granada a través de su presencia en el proyecto *Plus Ultra*, comisariado por Mar Villaespesa y producido por BNV producciones, en el marco de las actividades del Pabellón de Andalucía en Expo´92, Sevilla.

ERA 1987

~

Era 1987, el mes, el día y la hora se borraron de su memoria, pero no olvida el momento en el que lo llamó a su despacho y nervioso, porque no quería decírselo, le comunicó que en breve dejaría de trabajar en el Palacio de los Condes de Gabia. «Lo siento, lo siento mucho… -le dijo el nuevo diputado- no he podido hacer nada, nada más entrar en la reunión ha salido tu nombre y que ibas a la calle; soy nuevo dentro del equipo y tengo poca influencia, tú sabes que por mí seguirías trabajando, sabes perfectamente que te aprecio». Y lo creyó.

Sería sobre el orwelliano año 1984 cuando había entrado como becario con la gente que echaría a andar la nueva Área de Cultura de la Diputación de Granada, allí en el piso siniestro de la Plaza del Campillo, su primera sede, donde trabajaban el gerente Azpitarte, Alicia de la Higuera, los funcionarios Marino, Teresa y Baltasar, los becarios que eran cinco o seis, Willy y Mari Carmen Chacón, Nacho Sánchez Rodrigo, con el que había militado en el mismo partido de la izquierda revolucionaria, y Alfonso Medina, un pintor que murió muy joven de la enfermedad terrible que ignorada por todos comenzaba clandestinamente a cobrarse sus víctimas, aquella llamada peste rosa con la que intentaron estigmatizar a los homosexuales, apenas recién creados los Frentes homosexuales que Miguel ayudó a organizar. Allí estaba Lola Aguilar, siempre encantadora, recién llegada de Ítrabo a trabajar con nosotros. Más tarde llegarían Eduardo Galdo y Marina Guillén. Todos eran autodidactas en el nuevo trabajo, con poca experiencia en la gestión cultural pero con la pasión desmedida y suficiente para impulsar la actividad por toda la provincia. Los becarios, una modalidad precaria de contratación en la que fue innovadora la Diputación, comenzaron a programar con los Ayuntamientos de la provincia talleres, teatro, música de todo tipo y sobre todo el flamenco, responsabilidad del diputado comunista Pepe Guardia, que como si quisiera combatir el paro, le mandaba cada día un nuevo grupo de flamencos -así, hasta llegar a 17, ¡más flamencos que en Doñana!- para girar sin fin. También cine, vídeo, exposiciones, numerosas publicaciones como los libros de poemas de la colección Maillot Amarillo, y un sinfín de gente activando la vida cultural. Escenarios de madera donde las puntillas saltaban al danzar, campos de fútbol electrificados por vez primera para dar acogida a la proliferación de grupos de música que empezaban a aflorar en Granada como 091, TNT, Magic, La Guardia, KGB, Lombarda… Semanas cul-

turales para los cerca de 180 pueblos de Granada con sus anejos y pedanías que duplicaban la actividad. El Dipu Rock, cámaras de cine llevadas a los pueblos para proyectar. Aquello era como ir a echar semillas en un terreno árido que nunca había sido sembrado, como si La Barraca hubiera vuelto después de tantos años a agitar a los pueblos y a los jóvenes creadores, todos salidos de una dictadura yerma y dañina. Ir abandonando el blanco y negro que en la ciudad ya había empezado a tomar color con el impulso de Mariló en el nuevo Ayuntamiento, los nuevos centros nocturnos desde el primer Chorrojumo, la pionera Tertulia o el Silbar… Y ya en el 83, el Planta Baja con Marino y Juan Antonio, lugar aglutinador de esa mezcla de gente variopinta, con la vida como exceso, donde el diseño se mezclaba con la mirada alimentada por el feminismo y la homosexualidad chispeante y provocadora, lugar en el que incluso tenían cabida algunos sindicalistas del gin-tonic. Granada era eso nuevo que estábamos construyendo, era el lugar de Ciudad y Diseño, del Festival de Teatro, de la aparición de los pioneros de La Visión y sus nuevas músicas, de la revista *Olvidos de Granada* que de forma independiente, bajo los auspicios del Área, traía el estudio y la reflexión bajo el manto creador de Mariano Maresca, imprescindible; los poetas de la Tertulia, como Luis García Montero, Mª Ángeles Mora o Javier Egea que también fue becario un año, el *Gong* y *Granada en mano* de Luis López Silgo, los dibujantes Rubén Garrido o Carlos Hernández con su Salón del Cómic, las calles coloreadas por carteles de Juan Vida o de Julio Juste… Y todo sucedió antes, un poco antes de que el mercado hincara sus garras definitivamente y se apropiara de la creatividad, entrega que muchos aceptaron complacidos, un nada antes de que las instituciones se alejaran de la calle y perdieran su sentido y cercanía. Pero por aquel entonces las experiencias se sucedían alegremente en una Granada, la de los 80, vigorosa y espléndida, como si la ciudad fuera más que nunca una pandilla de amigos dispuesta a la excursión a otro lugar posible, ¿no era la democracia algo hecho para el pueblo? Pero desconocíamos que aquella era una época de vida que incubaba la muerte del sida irredento, al igual que incubaba el límite preciso que la palabra perversa, consenso, encubridora del pacto de la Transición, traería a nuestras vidas, donde una vez arrojados del sueño miramos impotentes la aguja de un capitalismo que infecta la vida y se apropia de nuestros saberes a cambio de las cuatro monedas que nos arrojan para vivir y al que definitivamente no podemos llamar gobierno del pueblo, democracia. Un país que limita al norte con la Europa de los mercaderes y al sur con el muro cubierto de cuchillas para trocear la carne de los que desposeyeron, de los que desestructuraron, esclavos

comprados desde el siglo XVI y cuya idea colonial nos coloniza a nosotros mismos para sentirlos como un otros distanciado con el que poco tenemos que ver.

«¿Cuál es el motivo del despido?» le preguntó. El diputado dudó un momento y, no sin tristeza, le respondió: «Han esgrimido dos motivos, que has hecho campaña al Parlamento Europeo a favor de Herri Batasuna y que has utilizado el Área de Cultura como base de operaciones de la campaña anti-OTAN. Pero esto no lo dirán, dirán que hace falta reestructurar el Área, que sobra gente; iréis a la calle Nacho y tú; lo siento, de verdad que lo siento». Enojado respondió, «lo primero no es cierto, no he hecho campaña a favor de Herri Batasuna, no he participado en ningún acto público, no estaba de acuerdo con la posición de mi partido, el Movimiento Comunista de Andalucía, y me permitieron no hacer campaña. Lo segundo sí, es cierto, he hecho todo lo que estaba en mis manos para que el NO triunfara».

Aún recordaba cómo el Área de Cultura se convirtió el día del referéndum en el lugar de reunión de todo el movimiento pacifista, con la Asamblea por la Paz y el Desarme, en donde militaba, a la cabeza. Desde allí siguieron el recuento de votos y antes en la campaña se habían usado algunos locales para asambleas del movimiento; lo había permitido el grupo que gobernaba la Diputación, que fue el que creó, con el diputado Martín Olid, el Área de Cultura.

Ese grupo expulsado del PSOE era el mayoritario entre las agrupaciones socialistas de los pueblos y en la provincia y al que por ello llamaban despectivamente Los Catetos. Los Catetos hicieron valer su mayoría frente al aparato y nombraron Presidente de la Diputación al candidato no oficial. Este acto de la mayoría fue rechazado por la dirección estatal del PSOE y en respuesta los ganadores crearon un nuevo partido. Esa posibilidad de escisión y creación de un nuevo partido es impensable en la actualidad. Pero aquello entonces sucedió y fue el motivo de que gente de izquierdas trabajara con esta escisión, que, con pocas diferencias ideológicas con el PSOE, había hecho del andalucismo de izquierdas y la lucha contra la OTAN sus referentes políticos. Fue en esa grieta abierta donde trabajaron los activistas anti-OTAN, utilizando la institución en beneficio de las políticas pacifistas. Una vez reconquistado por el PSOE el poder provincial decidieron despedirlos, a Nacho y a él, y terminaron con la revista *Olvidos de Granada*. Fue en 1986 cuando el PSOE llevó a cabo el referéndum sobre la OTAN. Los socialistas que habían llegado al poder entre otras cosas con el slogan «OTAN de Entrada No», una vez en el gobierno se alinearon con las políticas belicistas y cambiaron de posición pidiendo el sí. Este acto significó el abandono del último resorte no pactado de la reforma política y la plena

alineación del Partido Socialista con los postulados de las potencias capitalistas y sus alianzas militares de control y barbarie. La Transición se había terminado y enseñaba, para quienes lo quisieran ver, la consolidación de una casta política que ha dominado los últimos 30 años al servicio de un neoliberalismo que hoy nos domina y del que somos víctimas.

El movimiento anti-OTAN fue un movimiento popular auto-organizado que dio vida a miles de organizaciones pacifistas por todo el Estado, que activó millones de conciencias resistentes y cuya capacidad de movilización fue la que ha tenido mayor alcance dentro del régimen democrático. Un pulso de David a Goliath, la posibilidad del asentamiento de una conciencia social que la derrota desparramó en desencanto, en una incapacidad para reconocer la fuerza acumulada, y que una vez más dio pie a una diáspora militante impotente para ver su potencial, el poder de millones de cualquieras. Una experiencia silenciada en este país, apenas analizada y que llama la atención en estos tiempos desesperanzados, y de esperanza, donde el capital se esfuerza en mercantilizar la vida suprimiendo los lazos sociales, apoderándose de nuestros recursos y bienes públicos. Frente a él ha surgido un nuevo movimiento que nos da aliento, pero que corre el riesgo de disgregarse nuevamente ante el poder de control que los estados llamados democráticos ejercen en nombre del poder del capital y sus intereses destructivos.

El movimiento anti-OTAN de Granada, auspiciado por un grupo militante, supo convertir en organización las energías que por todos lados se respiraban; cientos de personas organizadas en horizontal, moviendo el magma pacifista y ecológico. Fue un movimiento creativo en las formas de mostrarse, que alumbró experiencias relacionales del arte y la política, capaz de aunar en posturas y actos comunes a numerosas fuerzas políticas, sindicales, cristianas, feministas, vecinales, que organizaba manifestaciones multitudinarias de nuevo tipo, divertidas y luchadoras como el gran cordón anti-OTAN, la marcha de las antorchas, las huelgas de hambre multitudinarias, las actividades performativas y de arte público de los artistas de La carpeta, pioneros en Granada del *action painting*. Un movimiento que tras la derrota se disolvió incapaz de entender cómo tanta fuerza, tanto respaldo, no había conseguido lo que parecía posible. No obstante, frente a los poderes mediáticos e internacionales que les mostraban como unos utópicos de la paz, el NO recogió cerca de un 40% de votos, se ganó en Euskadi y Cataluña, ¡no van a estar hartos!, y en Canarias, logrando con la sola fuerza de sus convicciones siete millones de votos.

También estaba él cansado e impotente, le pesaba el esfuerzo y el contagio del desánimo. La «artialimaña» que tomaron los dirigentes socialistas, Olea, Enrique Cobo, India… para echarle fue despedir a todos los funcionarios interinos de la Diputación, 15 personas que coincidían con el tipo de contrato que por entonces él tenía. Cuando la noticia saltó y el despido se hizo inminente le inundó una especie de melancolía y abandono, de repente no tenía ganas de nada. Llegaron los compañeros afectados por la medida y le plantearon «¿qué hacemos?». Y por no decir nada, que ese era su deseo, se volvió a poner a la cabeza sabiendo de antemano su derrota, aquella fue su lucha antes de abandonar del todo el Área, de despedirse de los que se quedaban. Hubo solidaridad pero fue insuficiente, entrevistas con unos y con otros y un encierro en el portal de Bibataubín donde pasaron los despedidos algunas noches de mal dormir. El suceso está en las hemerotecas, las protestas, las movilizaciones, el despido final de Nacho, de Miguel, de Loli… Algún tiempo después, la mayoría de los cesados volvieron a ser contratados pues ya habían logrado los sociatas su objetivo y, ¡¡cómo no!!, de aquel sobran trabajadores en el Área se pasó a nuevos contratos de otra gente, conocidos y desconocidos, de lo que se alegró y no se alegró.

Al poco tiempo retomó lo que había ido aprendiendo con su experiencia en el Área y de las necesidades que se abrían en la cultura, y así nació la propuesta de crear, en el mismo 1987, en Granada, de la que poco a poco se fue yendo para crecer, BNV producciones, en principio con Nacho Sánchez Rodrigo y Joaquín Vázquez, después llegó Alicia Pinteño y el encuentro con Mar Villaespesa; un lugar donde la producción y el conocimiento se amalgaman con la vida intentando vivirla en el otrosyyo necesario.

Ahora en las esperanzas del aquí, que es el presente, se sigue construyendo el deseo, porque no hay mal que cien años dure, incluido Rajoy.

~

Texto escrito en 2013 para ser leído como parte de la acción *¿N-OTAN que no les queremos?*, en el acto celebrado en el Palacio de los Condes de Gabia, 22 de noviembre de 2013, con motivo de la presentación del libro *Miguel Benlloch. Acaeció en Granada*, Ciengramos, TRN-Laboratorio artístico transfronterizo, Granada, 2013. Publicado como adenda digital a dicho libro: http://ciengramos.com/miguelbenlloch/

PÓSITO, POSÁ, EXPOSICIÓN

~

I

Las palabras están vivas, vienen de lejos, habitadas por quienes las han pronunciando, a lo largo del tiempo se deforman, se transforman, adquieren su presente en tránsito, son un común. Sin propietario, pertenecen a tod+s, son libres, no tienen derechos de autor, se recombinan para producir nuevos efectos, amplios, variados, efectos que traducen el pensamiento, lo comunican, lo sacan de uno y rueda. Tres palabras me convocan hoy y las tres me invitan a permanecer, son las tres palabras que evocan los usos del edificio donde estamos, lo que ha sido esta casa centenaria: pósito, posá, exposición. Permanecía el grano aquí, paraban las personas aquí y aquí se expone la obra, se pone hacia afuera. El prefijo «pos» significa pausa, poner, quedar, detenerse.

Estamos en El Pósito, la Posá, posando ante mis paisanos, todo en la misma raíz griega.

A 30 metros de este lugar en el que de nuevo me encuentro comenzó mi vida, me quedé aquí, la vida sin pausa que nos recorre y a la que intentamos llevarle el paso para que no nos adelante. Aquí al lao nací, de vez en cuando miro la ventana donde mi madre Teresa Marín me dio la luz. Hijo de Victorino, el nombre del hombre que desarrolló toda su vocación de médico en este pueblo, al que llegó un año antes de la guerra en el 35, después de solicitar la plaza de médico titular tras haber visto, en un viaje, creo que a Sevilla, el paisaje de Loja desde el tren. Mi padre llegó aquí por su propio deseo y ya no se fue hasta que jubilado y enfermo volvió a su pueblo en 1977; lo he de decir así, volvió para morir, largo sería narrar la vida de los dos, pero voy a contaros el principio de su historia en común.

Mi padre y mi madre se conocieron a principios de los años 30, él era ya médico en Marines, un pueblo valenciano. Comenzó a estudiar a los 18 años por empeño de un profesor particular apodado Pigmalión que llegó a su pueblo, Benaguacil, en Valencia, para poner una academia y convenció a sus padres para que estudiara. Sobre José Meliá Pigmalión no voy a extenderme, era poeta, periodista, escritor y solía escribir sobre astronomía en la prensa. Fue secretario de Blasco Ibáñez, culto, estrafalario y descuidado, hoy tiene una calle en Valencia que hace perdurar su memoria. Mi padre cuando nos contaba algo de él le gustaba hablarnos, además del agradecimiento infinito que siempre le tuvo, de sus cualidades intelectuales, entreteniéndose en cómo se vestía, melena larga y

sombrero blanco de ala ancha, como un bohemio. De ahí, creo, la permisividad que tuvo con mis primeras moderneces adolescentes y de la blanca melena de su vejez que yo en negro también llevaba.

Mi padre, de una voluntad de la que carezco, en siete años estudió el bachiller y la carrera de médico, aunque a decir verdad estudió todos los días de su vida.

Mi madre, Teresita para sus amigas, fue una mujer con criterio que nos crió a mis hermanos y hermanas como iguales. Era maestra, dejó su plaza para venir con mi padre, pero en los años 60 volvió a la docencia, primero en la Venta el Rayo y después en La Malagona, donde fue directora en tiempos de cambios. Era también valenciana, pero de un pueblo, Soneja, que hablaba un castellano lleno de particularidades, un castellano de frontera, de lo que se conocía por la Valencia castellana, al límite con Teruel. Los valencianos hablantes los llamaban Churros por el problema que tenían las autoridades, cuando juraban sus cargos, en pronunciar la x de xuro y hacerla ch, churo, juro, en valenciano o catalán; conflicto de lenguas en pugna y no en paz al que no voy a entrar y que viví de pequeño cuando oía a mis tías hablar en valenciano en los días de verano que pasábamos en Valencia. Nunca he entendido el desprecio a otras formas de ser y menos de hablar, lo aprendí de niño. La identidad que conforman los humanos para sentir la pertenencia a un lugar de seguridad es un complejo problema por el empeño de no abrir caminos para la comunicación entre las identidades y que solo se puede desarrollar abriendo tu espacio al del otro, reconociendo al otro, abandonando el ensimismamiento en lo que creemos que constituye nuestro ser. Pues bien, al grano, que estamos en El Pósito. Mi madre y mi padre cuando comenzó la guerra estaban en zonas distintas, él en Loja, donde apenas hubo guerra aunque sí represión, y eso me lo contaba, alguna vez, en el confesionario Don Victoriano a propósito de preguntarme quién era y dónde vivía y yo decirle «vivo en la calle Bartolomé Avilés de la Torre…», antes Prensa Granadina, antes Alhóndiga, después Victorino Benlloch, pues ese era el nombre que por unanimidad le dio el primer Ayuntamiento democrático siendo alcalde Manolo Martín y jefe de la oposición de la UCD Antonio Castillo, médico; nombre que una mañana desapareció de la calle por mor de una resolución municipal para, sin la más mínima explicación de al menos cortesía, ponerle el nombre de Calle las Tiendas, que realmente era como popularmente siempre se conoció. Mi hermano Manolo, que siempre apacigua, me dijo «no te cabrees Miguel que el Ayuntamiento ha querido hacer el eje Sintiendas Sincasas», jugando con el nombre de las dos calles y refiriendo a que la calle ya no tenía el esplendor de los comercios que le dio el nombre popular. Loja desde donde yo la veo, en mi

casa de Los Caracolares, se ha corrido a la izquierda orográfica en un sinfín de bloques que como murallas olvidaron el escalonamiento propio del urbanismo histórico de la ciudad y alargaron la espina de la flor.

Cuando nací la guerra hacía solo 15 años que había terminado, tiempo que en mi infancia y adolescencia parecían siglos: ahora cuando 15 años me parece un soplo, entiendo por qué la guerra surgía por todas partes y casi siempre desde la que tuvo la posibilidad de narrar su propia historia y construir su memoria. Al otro lado, las víctimas, aún esparcidas por la tierra, apenas sin memoria, olvidadas en esta realidad heredada que cada vez enseña sobre qué pilares fue construida. Así lo cantábamos con Aguaviva a principios de los años 70 en el poema de Bertolt Brecht:

La guerra que vendrá, no es la primera,
hubo otras guerras.
Al final de la última quedaron vencedores
y vencidos.
Entre los vencidos el pueblo llano pasaba
hambre.
Entre los vencedores el pueblo llano la pasó
también.

Pues bien, como os decía, la guerra separó a mis padres, Victorino en Loja, Teresa en Estivella, el pueblo donde entonces era maestra. Llegaron a escribirse, vía Londres, entre las zonas enemigas varias veces, a través de un amigo de mi madre, pero pronto interrumpieron la correspondencia por miedo a que alguien pudiera tomar este intercambio epistolar como un intercambio de datos secretos. Terminada la guerra, mi madre y mi padre se reencontraron, mi padre volvió a Valencia a buscarla, no sin dificultad reiniciaron su relación, se casaron y se quedaron en Loja hasta 1977.

II

Mi casa era una escalera que bajaba a la calle y digo esto porque era ella la que brincando me llevaba al juego, al encuentro de los amigos que vivían en la plaza, el arremoline de niños que cuento en el texto del Pregón y que de alguna manera me gusta repetir. Esa sensación de agarrarme a la barandilla y casi volar sobre los escalones para salir lanzado hacia la calle, saltándolos de dos en dos y el brinco final de los cuatro últimos de mármol blanco del portal que me ponían ya frente

a Mi Tienda, casi chocando de bruces con Pepe Lizana y su tienda de escaparates giratorios en la que tanto jugué. Para mí, las tiendas, el andar por dentro de ellas, era también territorio de juego, la ferretería de debajo de mi casa de Paco Marín donde Enrique y Antonio que allí trabajaban me lanzaban al aire; la droguería de Cerrillo; la de Ocaña; la tienda de Paquito Moya donde se forraban los botones y ponían el escaparate de Navidad con Belén y juguetes antes que nadie para que nos dejáramos los ojos pegaos de tanto mirar; Torillo; La paloma... El bar de Anastasio donde podíamos entrar detrás del mostrador para coger platicos y de vez en cuando zampar una tapa, ¡ummmm!

Jugar a tiendas con las de verdad era uno de mis juegos favoritos cuando me dejaban despachar, en unas más que en otras porque era muy exento, jugaba a la vez que vendía, no de todo, ya os podéis figurar, pero sí puntillas al peso, tornillos, alcayatas, alguna bobina de hilo, juguetes por Reyes en lo de Ocaña… y cuando me cansaba me iba sin más, no sin antes haber oído las historias y anécdotas que se contaban con algunos clientes de confianza. Pegar el oído.

Ya en la plaza, buscar a los amigos de casa en casa, que en todas entrábamos sin más pregunta que «dónde está el Nasta, dónde se ha ío».

Pero la calle, la plaza, aún sin el asfalto que quitó a los niños de la calle, era el espacio por antonomasia del juego, jugar, jugar, jugar…; mucho fútbol donde se echaba el pie como una especie de ballet Bauhausiano de movimientos medidos, repitiendo alternativamente los dos que lo echaban «y yo, y yo, y yo, y yo»; en el último pie, cuando los dos echadores se acaban juntando, decir «entra y cabe» y quien ponía el último pie comenzaba a elegir de mejor a peor a cada jugador de cada equipo… Primero Miguel el Pescaica, creo que otro bueno era Antonio Lozano, Antonio Peréz que vivía aquí en la Posá, Antonio Olid del Barça, el superviviente que da carisma a la plaza con su tienda de cerámica que mantiene hasta el Jubileo, el Nice que para ser de los chicos lo escogían pronto… Yo lo escojo a él, al Nice, al de Anastasio, al que quiero nombrar por todo el tiempo que nos acompañó con su inteligencia y ese humor que siempre tuvo, su forma de ser faro detrás de la barra repartiendo juego a todo el que llegaba a ella, la sonrisa con que siempre nos recibíamos, mi carcajada por ese humor pícaro y brillante que nos hace siempre recordarlo; pues bien, Nice en eso del futbol era, y además mandaba, y yo sin embargo, nada, rayando a cascarilla, y aunque alguna vez metí goles, con el uno contra uno era un auténtico desastre.

A mí se me daba bien la biología, quiero decir que cuando íbamos a la Cuesta Campos a cazar cáncanas no me daba miedo ponerme con mi hormiga y mi palito frente al nido de la araña y echar a la pobre hormiga a la tela para

que con su movimiento natural sacara a la cáncana que todos imaginábamos venenosísima y ¡plash¡ poderla echar en nuestro bote de cristal. Eran muchos los juegos; jugar a trapos, con o sin espulique; churro, pico y terna; la rueda de camión conducida por el palo; al hoyo con los platicos; al clavo; la rayuela, que era de niñas como el elástico, que me lo perdí también por femenino, ¡con lo bien que me hubieran venido los estiramientos! En a civiles y ladrones, yo elegía de ladrón, porque nuestros rivales de pandilla eran los niños de la Guardia Civil que vivían en el cuartel del callejón de los Naranjos, donde después me dieron el certificado de buena conducta para ir a París de viaje de estudios con los del instituto: ¡como siga la cosa así pronto lo volverán a pedir! Los pobres niños de la Guardia Civil, en las escasas luchas que echamos a pedrás, tenían que tirarnos las piedras desde el fondo del callejón y cuesta arriba, mientras nosotros, los de la plaza, desde arriba y cuesta abajo; total, los niños de la Benemérita no pasaban nunca de lo de Lopera y tenían difícil su tránsito por la plaza, pero cada vez que subía un civil del cuartel temíamos la regañina. Los civiles no eran tan peligrosos como cuando se oía el grito «¡que vienen los municipaleeeeeeees!», que nos perseguían por jugar con el balón y rajaban la pelota si la pillaban, casi nunca; pero ya pa temblor, la siniestra brigadilla secreta, que todos conocíamos y que acabó entrando en mi casa a buscarme y registrarla en el año 75, como les pasó a otros amigos que estábamos metidos en la lucha. No quiero quedar como si nuestra panda fuera «lo más», porque cuando bajaban los de la Cuesta Carniceros pa la plaza salíamos atropelladamente como ñus en el Serengueti; ellos naturalmente eran los leones, nosotros las gacelas huyendo a refugiarnos en cualquier casa conocida, madriguera salvadora a la que no podrían entrar, entre ellos mis amigos Piqueras, los hijos de mi gran amigo Fernando Piqueras, que nos dejó y lo recuerdo.

Pero el juego que siempre recuerdo como más surreal y que a mí era de los que más me gustaba, es aquel que llamábamos Hilo Negro. Nunca supe por qué se llamaba así. El juego consistía en que uno de nosotros, que era cambiante, comandaba una fila de chaveas que lo seguíamos en todo lo que hacía, si saltaba un poyete, si se bajaba por el lateral de la fuente, si andaba por los bordes del murito redondeado de cemento que rodeaban los jardines detrás del mercao, si saltaba un banco con rejas que había frente al Platanar, si se tiraba desde lo alto del muro de la casa de los Derqui, o la subida al torreón de la Cuesta Campos… Todos detrás haciendo lo mismo al grito de Hilo Negro, que entonaba el cabecilla y la respuesta de toda la fila que gritaba «más p'adelante». Un buen rato de Hilo Negro, salvar obstáculos y demostrar pericia hasta que llegaba cualquier chalau-

ra del cabecilla dispuesto a partirse la pata en su demostración de hombrecito, como cuando nos subíamos al estrecho poyete del pretil de la calle Sincasas, una especie de muro para salvar el desnivel con la cuesta, y por donde en fila india avanzábamos uno tras otro; en la talabartería de Collados el precipicio comenzaba a tomar peligro; frente a la peluquería de Paquita los murmullos se iban convirtiendo en gritos y un poco más allá parecía que el vacío se apoderaba de todo y la fila olvidaba su recta abandonada por los primeros desertores que se rajaban llamando a la cordura, boicoteando el juego para comenzar otro.

Era esa la forma de jugar, donde los objetos apenas aparecían, nuestra imaginación hacía el juego, el juego donde estábamos todos horizontales sin apenas juguetes, que eran escasos y poco compartidos. El juego era, en primer lugar, sentir el espacio como propio, como perteneciente a él y él a nosotros, todas las calles eran nuestras, en cualquiera se podía formar el juego, elegíamos el espacio en función del juego y del número de los que nos juntábamos. Si llovía éramos constructores de diques y las aguas que bajaban horadando el suelo de tierra se convertían en nuestra ilusión en el Amazonas; si la pelota era chica, a la Reja a sortear los cristales de las casas y evitar romperlos, aunque más de uno cayó, con la consiguiente estampida; si había pleno de amigos toda la plaza era nuestra y de los que trabajaban en ella, que realizaban sus faenas sin producir interferencia ni apenas prohibiciones. «¡Niños otra vez con la pelota, que os va a pillar el camión!». La calle era el espacio social de nuestro aprendizaje, la relación entre nosotros, la que nos enseñaba competencia y solidaridad, el espacio que unía nuestras incontables horas en el sudor del juego, el que producía los afectos que se alargan en el tiempo. El juego social interrumpido por la mercancía y la adaptación del mundo a ella. El juguete solitario, el juego enjaulado de los niños, la expropiación de la calle como espacio público comienza por la desaparición de los niños y niñas de él; el automóvil llegó para quedarse y apoderarse de todo como un tótem sagrado intocable que generalmente no nos lleva a ningún sitio lejano y menos en un pueblo, pero que lo usamos de forma incesante sin ton ni son como si nuestra libertad estuviera ligada a él, y lo que generalmente liga más con el coche es con el bolsillo, que ese está sujetado a la cadena del mercado que continuamente nos expropia usando la fantasmagoría del objeto, el ensueño de que lo necesitamos.

La ruptura del juego social nos aísla, nos prepara para un mundo individualizado alejado de los valores que creíamos constituían el hecho de ser persona, nos encadena al mundo del objeto deseado, a la creencia de que poseemos, otra vez la raíz «pos», a ese artilugio del capitalismo que hace reflejar nuestra vida en la posesión de lo que creemos único. Un mundo cercado por un afuera que se pre-

senta a través de los medios como el territorio del miedo, el territorio de los otros que no son tus amigos sino tus enemigos. En cualquier parte el peligro acecha, esa es su consigna, «encerraos, nosotros os protegeremos», y el miedo se extiende por sus canales, por el poder de la imagen, y nos controlan para controlar la chispa. El capitalismo neoliberal nos desposee de la ciudadanía convirtiéndonos en mercancías. La pérdida de lo público y la privatización de los derechos está en la lógica del beneficio del capital que nos cosifca, primero compraron nuestra fuerza de trabajo, hoy están apoderándose de nuestras cabezas y saberes a precio de saldo. Necesitamos una ecología de lo social, un enfrentamiento radical contra la expropiación de nuestros bienes y cuerpos, recuperar la relación, la confianza en lo que nos teje y realmente nos protege: la seguridad de la comunidad, la confianza del afecto. Debemos atrevernos a transformar el interés del capital por nuestro aislamiento y desprotección en una recuperación de lo común. La historia desde el comienzo de la edad moderna, los últimos y violentos siglos, es la historia del cercamiento y la expropiación, la historia colonial, la historia del esclavismo, la historia de la desestructuración del mundo, de la división entre ricos y pobres. La crisis que vivimos es una vuelta de tuerca a esa larga historia de la avaricia, base de la guerra continua por la apropiación.

III

La plaza que a mi padre le gustaba era la de los árboles dando sombra a los puestos que se montaban y desmontaban en el mismo día; mi padre lo contaba como si aquello fuera pura naturaleza, narraba sus sombras y el ambiente de charla entre la gente en la espera de comprar. Después, con malos materiales y asentada sobre un terreno movedizo, debido a las corrientes de agua que fluían bajo tierra de tanto manantial, hicieron la nueva plaza en 1948; esa fue la plaza que conocí de pequeño, con las resonancias orientales de sus dos torreones cuadrados en los que se inscribía otro cerrado por cúpulas que daban fin al semicírculo de su entrada, sus dos patios descubiertos rodeados por una galería de arcos donde estaban los puestos y en el centro las fuentes de mármol, un ambiente de zoco… y enfrente la Posá, a ella voy, a quedarme un rato que me están esperando los otros. No hace falta que diga que allí nunca se habló de que aquellos arcos que se insinuaban en la fachada llena de escudos, blanca, encalá, recortada por otro color que Mi Tienda le daba a su trozo que tal parecía un Mondrian gigante, eran en realidad un pórtico; y menos mal porque si no nos hubiéramos quedado sin aquella sala donde todo pasaba, el espacio social por antonomasia con las sillas

de anea y pequeño espaldar para esperar según iban haciendo las faenas o mandaos del día. La sala a mediodía se iba convirtiendo en comedor con la gente que traía su comida y no iba a las fondas, las tajás de chorizo, el tocino, la navaja y el pan y un pañuelo o servilleta cubriendo las rodillas y para recoger las migas; un espacio bullanguero donde esperando que bajara Antonio o bien por oír las historias que se contaban de la vida de unos y otros, pasaba allí muchos ratos. Allí la pequeña mesa de madera con su cajón y el tirador niquelao con forma de concha; allí aparejos de las bestias o mulos que habían dejado en las cuadras interiores; allí Miguel, el dueño que entraba y salía de la sala a la puerta gigante cubierta de metal donde estaba la tercena con las verduras y frutos; allí por el pasillo cubierto, por el suelo empedrao pasaban los animales rozando casi las paredes con los serones ya vacíos o preparados a llenarse; allí Characha achaparrao, con el pelo blanco, vivaracho y locuaz que de algo se encargaba en la Posá, aunque nunca me enteré bien; allí Remes la hija de Dolores, la mujer de Miguel, que la llevaba siempre de punta en blanco; allí, por la noche, echaban las esteras de esparto para que la gente durmiera junto a la lumbre en invierno, una hoguera de paja muy prensada en una especie de círculo incandescente al que llamaban, según me recordó Remes, la pava. ¡Otra forma de hacer la pava!; allí dentro en un pequeño patio, que recuerdo muy húmedo, un cuarto con olor a zotal y el agujero del servicio.

De la sala partían unas escaleras que subían de tirón a la vivienda de ellos y a los pequeños cuartos que se alquilaban para pasar la noche en una cama, o cuando venían del campo embarazadas para parir en el pueblo y poder contar con los servicios de la matrona, ¡una posá…, casi de Belén! Allí, todo mezclado, subíamos a ver la tele, una de las primeras, y ver lo que echaran, aunque naturalmente el griterío lo formábamos cuando había fútbol y lo veíamos en la Posá o en lo de Anastasio. Yo era del Graná, ¡déjate de lo fácil!

A mano izquierda estaban los graneros bajo el suelo, entonces llenos de paja para las cuadras, a los que podíamos entrar sin dar mucho cante, y que a veces eran nuestro refugio para hacer de tó, valga la redundancia; un poco más adelante, atravesando el pasillo con el techo alto y arcado, las cuadras con sus arcos y la ensoñación de que debajo de ellas había tesoros, como es natural; y cuando apretaba el calor o sudaos por el juego íbamos a beber al fondo de la Posá en su fuente de agua continua, como era común en muchas casas de Loja; y allí, allí al fondo la escalera gigante y recta con los escalones hundidos en el centro por el tiempo, por la que se subía aquí, entonces era una fábrica de punto y después un almacén que lo tenían alquilao los de Torillo. Porque aquello, toda la manzana, era de las Cordonas: Ramona, Dolorcitas y Pepita.

El otro día le pregunté a Carmencita la de Anastasio, ¿y tú no recuerdas que alguna vez se quedaban en la Posá artistas en época que no era feria? Me contestó: «tú estás hablando de una mujer que se llamaba Carmen»; a ella le parecía que venía a actuar en el Casino aunque no recordaba bien cuál era su espectáculo, creía que entre otras cosas hacía números de magia. Me vino entonces a mi cabeza una mujer guapa, con la melena larga suelta y negra, como salida de un cabaret que nunca vimos, una figura fuera del circuito de nuestras pacatas reglas morales, otra mujer distinta y misteriosa de la que oigo un murmullo de historias, ensoñaciones sobre su vida, entre otras cosas porque tenía un hijo de nuestra edad que nos enseñaba cosas que nosotros o no sabíamos o no practicábamos, un chico que en su picardía nos atontaba a todos, una mala compañía de las que son necesarias para acelerar nuestro conocimiento, Cantarranas, que así se llamaba, también era guapo como su madre.

~

Texto escrito en 2014 para ser leído en el acto celebrado en el Centro de Iniciativas Culturales El Pósito de Loja, 17 de enero de 2014, con motivo de la presentación del libro *Miguel Benlloch. Acaeció en Granada*, Ciengramos, TRN-Laboratorio artístico transfronterizo, Granada, 2013. Publicado como adenda digital a dicho libro: http://ciengramos.com/miguelbenlloch/

UNIVERSIDAD DE GRANADA

Rectora
Pilar Aranda Ramírez

Vicerrector de Extensión Universitaria y Patrimonio
Víctor Jesús Medina Flórez

Director de La Madraza. Centro de Cultura Contemporánea
Ricardo Anguita Cantero

Director de Promoción Cultural y Artes Visuales
Antonio Collados Alcaide

EDITA
Editorial Universidad de Granada

Coordinación editorial Universidad de Granada
Antonio Collados Alcaide

Edición a cargo de
Mar Villaespesa y Joaquín Vázquez (BNV producciones)

Diseño y maquetación
Patricia Garzón Martinez y Juan Carlos Lara Bellón

Impresión
Imprenta Comercial, Motril

Imágenes de cubiertas: *Introducción en Byars*, 1992. Foto: Mar Villaespesa

ISBN: 978-84-338-6544-1
DL: GR 67-2020


www.archivomiguelbenlloch.net

Colección Extensión Universitaria







